

FRANCO

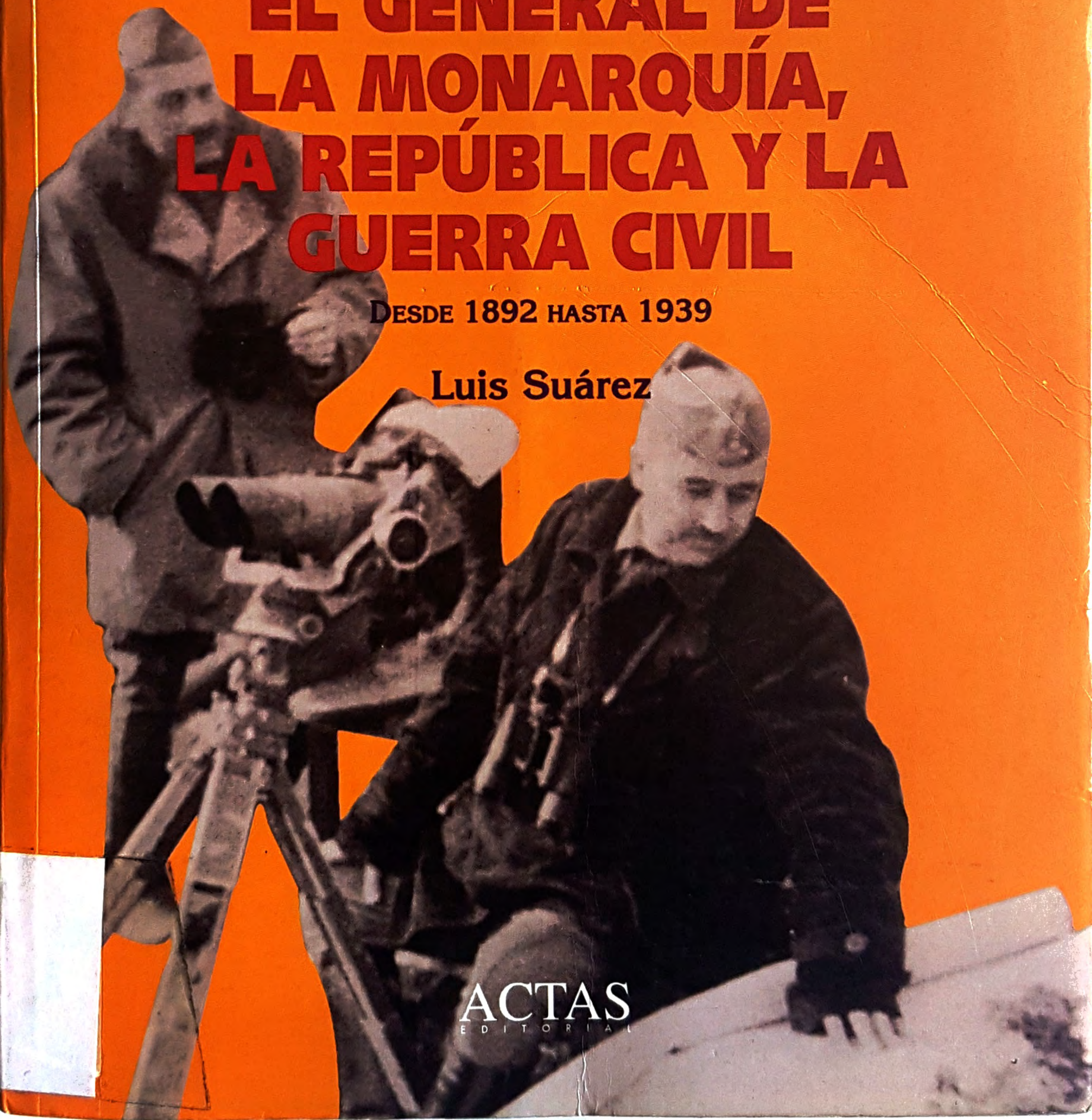
CRÓNICA DE UN TIEMPO

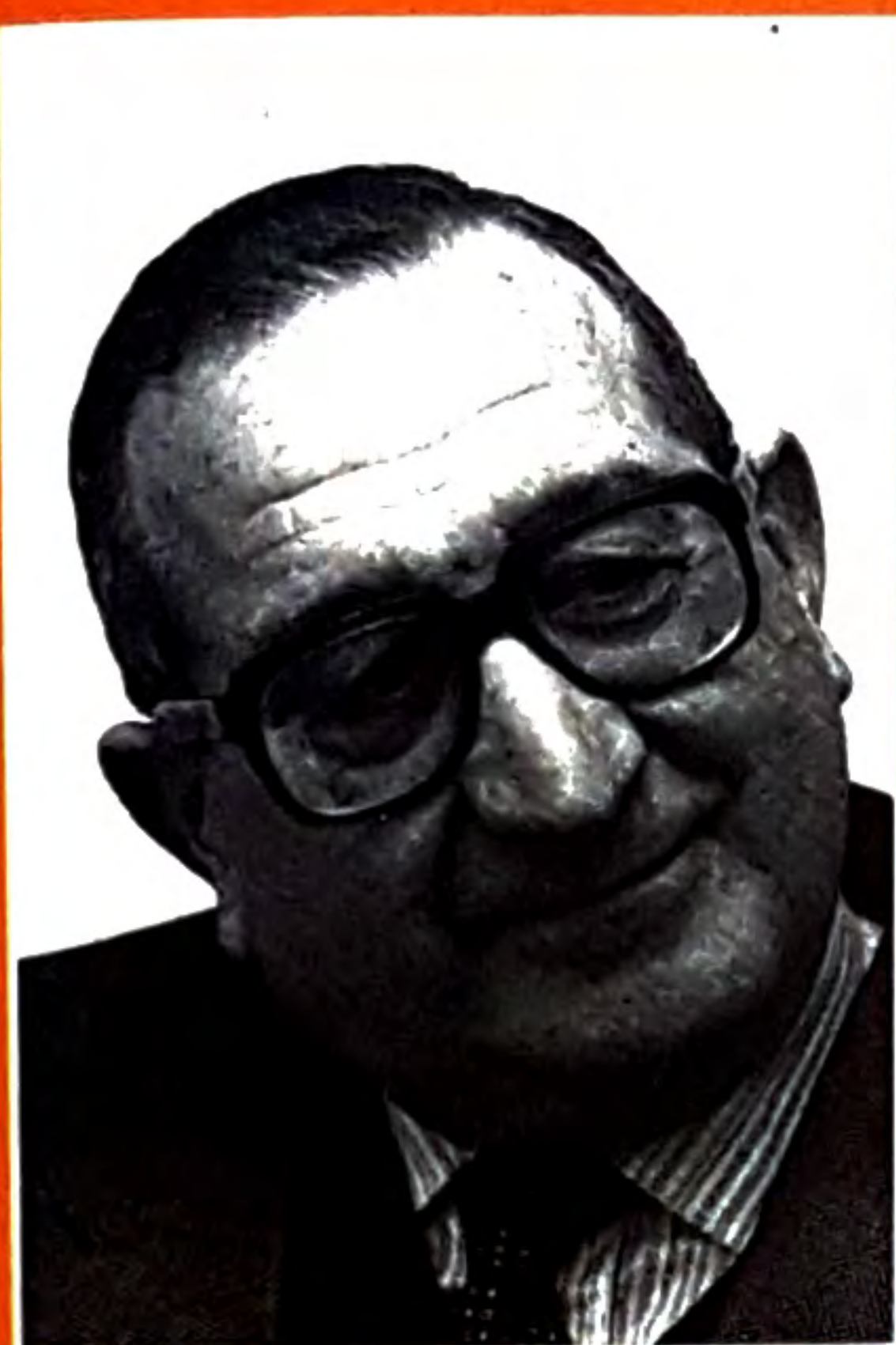
EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez

ACTAS
EDITORIAL





Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autónoma de Madrid,

miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil (*desde 1892 hasta 1939*).
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial (*desde 1939 hasta 1945*).
3. La victoria frente al bloqueo (*desde 1945 a 1953*).
4. Los proyectos para una doble estabilización (*desde 1953 a 1961*).
5. Resistencia a la subversión (*de 1961 a 1967*).
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía (*desde 1967 hasta 1975*).

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

**FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO**

**EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA
Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939**

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nota previa	13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo	15

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo	1. La adolescencia del niño que quiso ser marino	49
	I. El linaje de Franco	49
	II. España en el tránsito del siglo XIX al XX	54
	III. Divisiones ideológicas	59
	IV. 1898	63
	V. La aparición de los separatismos	68
Capítulo	2. La llamada de África	74
	I. Origen de la cuestión marroquí	74
	II. La Academia de Infantería	77
	III. La Semana Trágica de Barcelona	78
	IV. El segundo teniente	83
	V. Marruecos, al fin	85
	VI. El teniente de Regulares	88
	VII. Ascenso a capitán. La grave herida de <i>El Biutz</i>	91
Capítulo	3. 1917	95
	I. Oviedo	95
	II. Trasfondos doctrinales	98
	III. Los mecanismos de la revuelta	101
	IV. El comandante Franco y la revolución	108
Capítulo	4. Diario de una bandera	112
	I. La primera idea de la Legión	112
	II. Dar Riffien	117
	III. De Uad Lau a Xauen	121
	IV. Annual	125
	V. Dar Drius	127
Capítulo	5. El camino de Alhucemas	131
	I. El fin de la Restauración	131
	II. Franco, al frente de la Legión	135
	III. El enfrentamiento con Primo de Rivera	140

IV.	La hora sombría de Xauen	143
V.	Alhucemas	147
Capítulo 6.	La Academia General de Zaragoza	154
I.	El general más joven de Europa	154
II.	El nombramiento de director de la Academia	158
III.	El fin de la Dictadura	163
IV.	El «error Berenguer»	167
Capítulo 7.	1931	173
I.	Franco y el 14 de abril	173
II.	Antimilitarismo	178
III.	Anticlericalismo	182
IV.	Cierre de la Academia General	188
Capítulo 8.	El día en que España dejó de ser católica	191
I.	La declaración ante el comité del Congreso	191
II.	La Constitución de 1931	195
III.	Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo	202
IV.	La Comandancia General de Baleares	208
Capítulo 9.	Franco se alinea en el anticomunismo	213
I.	El joven orador del teatro de La Comedia	213
II.	La doctrina falangista	218
III.	Victoria electoral de la CEDA	222
IV.	Ascenso a general de División	227
Capítulo 10.	Franco y la Revolución de Octubre	233
I.	Los preparativos del Golpe Socialista	233
II.	La toma de decisión	236
III.	Franco en el Ministerio de la Guerra	240
IV.	Las consecuencias	245
Capítulo 11.	Reorganizar el Ejército	249
I.	La evolución falangista	249
II.	Franco, jefe del Ejército de África	252
III.	Franco, al frente del Estado Mayor	255
IV.	El fin de Lerroux	261
Capítulo 12.	La tentación resistida	265
I.	Diciembre, 1935	265
II.	Las opciones preelectorales	268
III.	El resultado de la votación	273
IV.	Cinco días de febrero	276

SEGUNDA PARTE GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento	285
I. El fin de Alcalá Zamora	285
II. La candidatura por Cuenca	290
III. Los antecedentes de la conspiración	294
Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón	301
I. La carta a Casares Quiroga	301
II. Los argumentos jurídicos encontrados	307
III. Galicia saluda a Francia	313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general	315
Capítulo 15. Internacionalización del conflicto	320
I. Cuatro días de julio	320
II. Equilibrio de fuerzas	327
III. La búsqueda de mercados	330
IV. El «pecado original» de Franco	335
V. La posición ideológica inicial de Franco	339
Capítulo 16. Cruzar el Estrecho	343
I. La firme decisión	343
II. Por aire y por mar	345
III. Los barcos que la cruzaron	349
IV. De Sevilla a Talavera	352
Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado	361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento	361
II. La caída de Talavera produce cambios	366
III. Hora de decisiones	371
IV. El Decreto	375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo	380
Capítulo 18. Los cambios políticos internos	385
I. El ascenso de los totalitarios	385
II. Salamanca, Cuartel General	388
III. Salvar a José Antonio	392
IV. La difícil cuestión vasca	399
V. Don Miguel de Unamuno	403
Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida	408
I. El proyecto de No Intervención	408
II. La marcha sobre Madrid	412
III. El asalto a Madrid	417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia	423
I. La idea de enviar «voluntarios»	423
II. La muerte de José Antonio	426
III. El acuerdo hispano-italiano	429
IV. Batallas en torno a Madrid	432
V. Las gestiones del doctor Junod	437
Capítulo 21. Del altar y del trono	441
I. La actitud inicial del Vaticano	441
II. Las primeras gestiones de Gomá	445
III. Masonería	448
IV. Perspectivas de restauración	450
V. De nuevo el Comité de No Intervención	454
Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia	456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire	456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso	458
III. De nuevo la No Intervención	462
Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política	466
I. Rumores salmantinos	466
II. <i>Mit brennender Sorge</i>	470
III. El Decreto comienza a gestarse	474
IV. Tres noches de abril	477
V. Prisión de Manuel Hedilla	482
VI. Proceso y sentencia	485
Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica	491
I. Los voluntarios vasco-navarros	491
II. La Cuaresma de España	495
III. La ruptura del frente de Vizcaya	500
IV. El bombardeo de Guernica	503
V. Las concesiones de Franco	506
VI. Gomá y Pizzardo	510
Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio	513
I. Los obispos deben pronunciarse	513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola	515
III. Incidentes internacionales	519
IV. Al fin, Bilbao	522
V. El Vaticano reconoce a Franco	526
Capítulo 26. La decisión de Brunete	534
I. Eliminación del POUM	534
II. <i>Animal Farm</i>	536
III. ¿Victoria o derrota?	539

IV.	La consecuencia: Santander	542
V.	Belchite	545
VI.	El final del frente Norte	547
Capítulo 27.	Construir el Movimiento	550
I.	Eliminación de la democracia inorgánica	550
II.	El anuncio de la Monarquía	553
III.	Los Estatutos del Movimiento	557
IV.	Las dificultades internas	561
Capítulo 28.	Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich	566
I.	¿Beligerancia?	566
II.	La conferencia de Nyon	569
III.	Alemania presenta sus demandas	572
IV.	El proyecto Montana	575
Capítulo 29.	Primer ensayo de ruptura con la Hisma	580
I.	Consejo Nacional del Movimiento	580
II.	Vicente Rojo conquista Teruel	585
III.	En las horas bajas	589
IV.	La ruptura con la Hisma	591
Capítulo 30.	Institucionalizar la Dictadura	594
I.	El Consejo de Ministros	594
II.	Las primeras acciones del Consejo	597
III.	El crecimiento de Serrano Suñer	601
IV.	Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano	605
V.	El fracaso de Manuel Irujo	609
Capítulo 31.	Mare Nostrum	613
I.	La decisión de febrero	613
II.	El Fuero del Trabajo	616
III.	Primeros pasos hacia una guerra general	620
IV.	La batalla de Aragón	622
Capítulo 32.	Final del Proyecto Montana	627
I.	Las decisiones de Negrín	627
II.	Dirigismo estatal deliberado	630
III.	De nuevo el freno en los avances	634
IV.	Las directrices políticas del conde de Jordana	637
V.	La ley de Minas	643
Capítulo 33.	Las aguas del Ebro no pasaron por Munich	646
I.	Los planteamientos militares	646
II.	El estancamiento	650
III.	La crisis sudete	653
IV.	La victoria en el Ebro	658

Capítulo 34. Barcelona	662
I. Secuelas diplomáticas de Munich	662
II. Los últimos esfuerzos de paz	666
III. El avance hasta Barcelona	669
IV. El final del Régimen Republicano	675
Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid	678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern	678
II. Proyectos para una capitulación	681
III. Los cuatro días de marzo	688
IV. La liquidación de la guerra	690
Notas	
Notas al Capítulo 1	694
Notas al Capítulo 2	697
Notas al Capítulo 3	701
Notas al Capítulo 4	703
Notas al Capítulo 5	705
Notas al Capítulo 6	708
Notas al Capítulo 7	709
Notas al Capítulo 8	713
Notas al Capítulo 9	716
Notas al Capítulo 10	719
Notas al Capítulo 11	721
Notas al Capítulo 12	723
Notas al Capítulo 13	725
Notas al Capítulo 14	729
Notas al Capítulo 15	732
Notas al Capítulo 16	736
Notas al Capítulo 17	739
Notas al Capítulo 18	743
Notas al Capítulo 19	747
Notas al Capítulo 20	749
Notas al Capítulo 21	751
Notas al Capítulo 22	753
Notas al Capítulo 23	755
Notas al Capítulo 24	760
Notas al Capítulo 25	764
Notas al Capítulo 26	768
Notas al Capítulo 27	769
Notas al Capítulo 28	771
Notas al Capítulo 29	773
Notas al Capítulo 30	775
Notas al Capítulo 31	779
Notas al Capítulo 32	781
Notas al Capítulo 33	783
Notas al Capítulo 34	785
Notas al Capítulo 35	787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluir la. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial —la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno— cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo —en general contra el marxismo— y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA
Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 1

LA ADOLESCENCIA DEL NIÑO
QUE QUISO SER MARINO.

I. EL LINAJE DE FRANCO.

1. En muchas ocasiones se ha dado noticia de la posible existencia de unas memorias escritas por el propio Franco, pero el tiempo transcurrido desde su muerte sin que hayan aparecido permite pensar que tales memorias nunca pasaron de ser un proyecto, en caso de que dicho proyecto haya existido. En 1962, en unas cuartillas inconexas, el propio Generalísimo redactó una especie de esquema e incluso algunos párrafos cortos, referidos únicamente a episodios de su vida hasta la Guerra Civil que, muy probablemente, le sirvieron de guión para conversaciones con algunos biógrafos, probablemente George Hills.¹ A ellas pertenecen unas pocas palabras que reflejan mucho de su conciencia militar, y a las cuales tenemos que atenarnos para seguir con orden su pensamiento.

«Infancia. Academia. Oficial (Cuba) injusticia (traición) abandono de Europa. Marruecos = Regulares. Asturias = noviazgo. Legión = afianzamiento de la personalidad. Melilla 21 = Masonería. Asturias = mando de la Legión. 13 septiembre = matrimonio. Visita a D. Alfonso XIII. Conversación sobre Marruecos (Monarquía). Retirada Xauen. Desembarco Alhucemas. General = Madrid. Academia General. Comunismo. La República (disolución Academia)».

En la vida de Franco todos estos precedentes, que abarcan algo más de cuarenta y tres años, resultan absolutamente imprescindibles, pues le elevaron a una posición de general más joven y dotado de un prestigio, dentro y fuera de España, que determinó que se situara después en la cúspide de un alzamiento militar en cuya preparación tuviera escaso papel. Sin embargo, con una perspectiva lejana, de un cuarto de siglo, también tenía conciencia de que la Guerra Civil era el nudo esencial de su existencia y de que en muchos libros dicha guerra estaba siendo mal conocida o tergiversada. Así escribió:

«Las publicaciones que sobre la Cruzada se han venido haciendo por distintos autores de sucesos ocurridos al correr de los cinco años de República, sin conexión entre sí ni con el Movimiento Nacional de nuestra Cruzada, han hecho acumular errores e interpretaciones equivocadas sobre el Movimiento Nacional y su preparación».

«Es cierto que todos estos sucesos que se suceden al correr de esos cinco años de explosiones de descontento y rebeldía, se inician en la quema de iglesias y conventos, y persecuciones que van definiendo el perfil de la República en aquellos desdichados cinco años, y que unos y otros contribuyen al clima general en que el Movimiento Nacional se concertó, pero sin comprometer a éste en las parcialidades políticas que cada parte pudiera entrañar».

Vamos a intentar explicar de qué modo se forjó, entre 1912 y 1936, la fuerte personalidad militar de Francisco Franco. Porque su capacidad como general o, por decirlo de otro modo, sus éxitos, tienen innegable importancia en la historia contemporánea de España. Se trata de un hombre singular que, partiendo de orígenes modestos —casi una familia marginal— llegó a desempeñar la Jefatura del Estado en España durante treinta y nueve años, capeando además muy fuertes temporales.

2. Nació el 4 de diciembre de 1892, a las 0:30 de la madrugada, en la casa que habitaban sus padres en El Ferrol, que correspondía al 108 de la calle María y que es actualmente el 136 de la de Frutos Saavedra.² Le bautizaron el 17 del mismo mes en la cercana iglesia castrense de San Francisco, en la que antes se celebrara el matrimonio de sus padres. Esta iglesia se hallaba íntimamente ligada a todos los acontecimientos, gozosos o tristes, que esmaltaban el calendario de la vida del Arsenal y de la Armada. Se le impusieron, según costumbre de la época, cuatro nombres: Francisco, Paulino, Hermenegildo y Teódulo; como todo el mundo sabe, sólo utilizó el primero, que era el de su abuelo paterno. Demostró siempre particular afecto a los franciscanos.

Con sus 20.000 habitantes, poco más o menos, era entonces El Ferrol una población que vivía casi exclusivamente al servicio de la marina de guerra. Desde 1726 compartía con Cádiz y Cartagena, ciudades de actividad más diferenciada, el cuidado de unos buques, ahora viejos y atrasados en su técnica, que portaban nombres gloriosos, aquellos mismos que se enseñaban a los niños con veneración, incluyendo Trafalgar en donde el heroísmo de los marinos compensaba con creces la derrota. Todavía no había tenido lugar Cavite pero se cernía ya sobre los hombres de la Armada Real una profunda tristeza: a su juicio, eran víctimas de incomprensión y abandono. El mar era algo más que un elemento del paisaje: acababa convirtiéndose en tradición de servicio y en forma de vida para las familias que se instalaban en estas ciudades de la costa.

La de Franco había llegado allí en 1737, procedente de Cádiz, al ser destinado Manuel Franco proveedor de la Flota; en El Ferrol contrajo matrimonio con una dama gallega, María de Viñas y Andrade. En sus comentarios genealógicos y en el cuadro de ascendientes que conservaba entre sus papeles, el Generalísimo otorgó más importancia a las mujeres que a los hombres de su linaje; acaso porque consi-

deraba sus apellidos más ilustres, o porque habían contribuido más al arraigo de su familia en tierras gallegas. En la tradición de los marinos esto no resulta infrecuente. Manuel Franco, al que podemos considerar fundador de su dinastía, no fue marino de guerra: sus descendientes ingresaron como oficiales pero en el Cuerpo de Intendentes de la Armada.

El apellido Franco no es muy frecuente en España; tampoco tiene especial relieve. Manuel y sus hijos se consideraron hidalgos, y el nieto, Nicolás Franco Sánchez, no tuvo inconvenientes a la hora de probar nobleza, el 10 de octubre de 1794, para ingresar en el Cuerpo. A finales del siglo XVIII esta prueba era en requisito fácil de cumplir: apenas una constatación de que no existían impedimentos que demostraran que el candidato carecía de la condición requerida. Para el Generalísimo ese rasgo de nobleza básica que la hidalguía representa –y a la que él se mostraba personalmente adherido– se encontraba especialmente en el apellido Andrade, que aportaron varias mujeres y que sin duda perteneció a un linaje de caballeros en la baja Edad Media.³ Franco fue, al principio un calificativo aplicado en los siglos XI y XII a los emigrantes europeos, en gran medida franceses, que se instalaban en los burgos a lo largo del camino de Santiago: al quedar exentos de cargas y obligaciones se les consideraba «libres». De ahí pasó el término a otros significados como liberalidad o generosidad. Franquear, en antiguo castellano, equivalía a otorgar libertad.

Algunos biógrafos han especulado con la posibilidad de que se trate de un apellido propio de conversos judíos porque en el proceso del llamado «Santo Niño de Laguardia» de 1491 aparece un neófito que responde al nombre de Joseph Franco.⁴ No tiene, en mi opinión, fundamento alguno. Lo que es seguro es que dicha posibilidad de remoto judaísmo no le causaba ninguna inquietud.

Como cualquier familia española de clase media, a la del Generalísimo resultaba imposible remontarse más allá del siglo XVIII o, lo que es lo mismo, de seis generaciones. El dato carece de importancia ya que, en su caso, el salto social que en él se produjo no dependía, en manera alguna, de los antecedentes. A él gustaba comprobar que tenía parentesco con la condesa de Pardo Bazán, famosa escritora.⁵ En el repaso de ascendientes, dos notas resultan significativas: la abundancia de personas longevas y la denodada constancia, en cada generación, de adelantar un paso en el ascenso social.⁶

3. Francisco Franco Bahamonde fue el segundo de cinco hermanos de los que una niña, Paz, falleció prematuramente contando cuatro años y el menor de los supervivientes, Ramón, como todo el mundo sabe, murió a causa de un accidente en plena Guerra Civil. Los otros tres, Nicolás, Francisco y Pilar, lo mismo que el padre, acreditaron la tendencia familiar a la longevidad. El seudónimo que el Generalísimo utilizó –Jaime, es decir, Santiago, como el apóstol de Galicia, de Andrade– nos indica bien sus preferencias.⁷ 1892, el año del nacimiento del Generalísimo indicó un cambio sustancial en la economía española: la filoxera, iniciada en 1878, hizo perder al país el control sobre el mercado europeo del vino, que quedó exclusivamente en manos de Francia. En un país escasamente poblado, 17,5 millones de habitantes, con un predominio absoluto de la agricultura y una masa de analfabetos de primer grado que superaba ampliamente el 55% de sus moradores, este hecho tenía carácter de catástrofe nacional. De modo que el desplome militar del 98 sobrevino en circuns-

tancias que eran anteriormente desastrosas. Esto y el ambiente familiar bastante triste en que se educó, deben ser tenidos en cuenta: niño o adolescente sufrió gran influencia de su madre Pilar, a quien el primo homónimo y ayudante, Francisco Franco-Salgado Araújo, describe como una verdadera madre para nosotros» cuyos «consejos y enseñanzas y su arraigada religiosidad fueron de gran valor en nuestra educación». ⁸ Doña Pilar Bahamonde era hija también de un intendente general de la Armada, de modo que la familia se movía en círculos muy reducidos.

En todos los Franco y sus parientes colaterales, la Marina de guerra se hizo presente en forma de una vocación a la que nadie mostraba deseos de sustraerse. Tal vez con ella debamos relacionar algunos pequeños y curiosos rasgos del carácter y hábitos de Franco: el pequeño bote con el que, siendo niño, bogaba con sus primos por la bahía ferrolana, la convicción de no haber sido marino por algo tan ajeno a su voluntad como el cierre de la Escuela Naval, y las excursiones a bordo del «Azor» que fueron el lujo más visible de su época de Jefe de Estado. A petición de los almirantes, el Generalísimo vistió en ocasiones uniforme de marino. Personalmente daba la sensación de buscar en el mar una especie de compensación a esa falta que padeciera en él la vocación familiar; un sentimiento de esa clase se convierte en nostalgia.

Esto era, precisamente, El Ferrol de los años de su niñez, pura nostalgia de la mar. Seis generaciones Franco, vida por vida, se habían consumido en la misma tarea, la intendencia de la Armada. Los Franco permanecían anclados en un sector de la sociedad replegado sobre sí mismo, rehuyendo casi por instinto las relaciones con funcionarios civiles o comerciantes, pero que, a su vez, era contemplado con cierta altivez por los que se consideraban a sí mismos como los auténticos marinos, los que ejercen el mando desde el puente de los navíos. El tiempo no había pasado en vano y la familia se sentía orgullosa de la inmensa mayoría de sus miembros: paso a paso, cada generación lograba situarse en un peldaño por encima de la anterior. Al final del camino, el umbral que a Francisco Franco y sus hermanos correspondía traspasar, era precisamente el que separa a la Intendencia del Almirantazgo: Nicolás y Francisco se prepararon para el ingreso en la Escuela Naval.

En la conformación mental del futuro Generalísimo, esta vocación de marino, en línea con la tradición familiar, parece relacionada con una progresiva tendencia al aislamiento. En este rasgo de su carácter ha debido influir mucho la conducta de su padre Nicolás, que desde 1907, el momento mismo en que Francisco Franco ingresa en la Academia de Toledo, abandona a su familia y se instala en Madrid, donde permanecerá hasta su muerte el 23 de febrero de 1942, cuando estaba a punto de cumplir los noventa años siendo intendente general de la Armada, el grado máximo que puede alcanzarse en el mencionado Cuerpo. Esta ruptura familiar es una especie de incógnita para los biógrafos: se produjo en el momento en que los hijos comenzaban a vivir por sí mismos. Nunca rompió las relaciones con ellos ni se procedió tampoco a la división de bienes. De acuerdo con el testimonio del propio Generalísimo su padre era un excéntrico, que cumplía siempre su voluntad, además de resultar demasiado exigente con sus subordinados. El tema es delicado y se presta a exageraciones en un sentido u otro: resulta seguro y evidente que Franco trató de comunicar a sus interlocutores que consideraba a su padre digno de respeto y que le molestaba le tuviesen por un calavera.

Muchos de estos interlocutores y las personas de su entorno, exceptuando los familiares directos ante los que aparecía afectuoso, le consideraban distante y frío. Era capaz de escuchar en silencio muy largo tiempo, hasta desatar los nervios de su visitante, mientras interiormente iba seleccionando los puntos que le parecían más interesantes en el diálogo; luego le sorprendía volviendo sobre ellos. Quienes le conocieron mejor insisten en decir que era modesto: algunas de sus actuaciones, como tendremos la oportunidad de explicar, lo confirman. Tampoco faltan quienes le califican de tímido.⁹

4. Algunos biógrafos, especialmente Ricardo de la Cierva y George Hills, destacan otro aspecto que hemos de considerar como muy importante; cierta conciencia respetuosa y afectiva hacia la nobleza. Ya hemos dicho que repasando la línea de ascendientes se encuentra tres veces al menos el apellido Andrade y que éste fue el que Franco utilizó para componer el seudónimo con que firmó el guión para la película *Raza*, que realizó José Luis Sáenz de Heredia, primo de José Antonio Primo de Rivera.¹⁰ Subconscientemente nos indicaba su preferencia por aquella minúscula rama que se entroncaba con la nobleza gallega, pródiga en hazañas banderizas en el siglo XV. El film contiene algunas claves psicológicas que resultan imprescindibles: el argumento gira en torno a una familia de tradición marinera con tres hijos varones y una hembra, lo mismo que la suya. Esta familia vive bajo el peso de una tradición que la conduce de Trafalgar a Santiago de Cuba, gloriosos desastres de la Armada española, envía a sus hijos a Academias Militares ya que no hay opción en la Naval, y se enfrenta a un proceso de desintegración en la tremenda hoguera de la Guerra Civil de 1936, contemplada desde una óptica muy estrictamente militar, al tiempo que se frenan mucho los aspectos propagandísticos de lo que se pretendía sin duda que fuese un panfleto a favor de los vencedores.

Falta el padre, muy pronto, aunque la ausencia se debe a una muerte gloriosa en la batalla, y la familia gira en torno a la madre, Isabel de Andrade, «joven y bella dama de distinguido porte». Es la idealización de la madre que, como un mástil, sola, ordena y sostiene a la familia en los momentos difíciles. Doña Pilar murió, un poco prematuramente, mucho antes que su marido y por eso es difícil medir la que hubiera podido llegar a ser su influencia.

Todo esto forma parte de lo que sus biógrafos, o al menos muchos de ellos, han coincidido en calificar de «hidalguismo». Se hace muy difícil explicar a las generaciones de las postrimerías del siglo XX qué debemos entender bajo esta expresión que tiene además mucho en común con lo que en el ámbito de cultura francesa consideramos como «burguesía». Los hidalgos españoles fueron un sector social, formando parte de la vieja caballería, que estaba imbuido de la profunda convicción de que la vida se ejerce como deber y no como derecho: sólo el cumplimiento del deber cobra sentido. En Franco ésta sería una constante, la de referirse a los deberes. Durante el siglo XIX español este espíritu, de raíz nobiliaria en sus orígenes, se encarnó en sectores sociales de alta clase media, de funcionarios militares y aun civiles, de comerciantes acomodados. La época de la Restauración contempló un nuevo florecimiento de sus normas descubriendo modos de comportarse: la honestidad y la honradez, no sólo en el fondo sino también en las apariencias, que debían revestirse de dignidad. Eso era lo importante.¹¹

Difícilmente podría aplicarse a Franco el calificativo de burgués en la forma en que la historiografía marxista emplea este término. En él, como en general en los miembros de este sector social que estamos describiendo, el deseo de lograr un ascenso social, de honor y dignidad, se sitúa por encima del afán de mejoras económicas. La actitud de doña Pilar y de su hijo ante el hecho del abandono del esposo y padre, entra en esta línea. Supo ocultar las dificultades, mantuvo hasta el límite el sentimiento religioso e inculcó en los suyos el afán de promoción conseguida por el medio normal a los de su clase: el estudio. «Hacer una buena carrera» significaba entonces progreso social.

Durante toda su vida, Franco mostrará absoluta fidelidad a estos rasgos que hemos tratado de exponer. Estudiará siempre que tenga tiempo, con gran empeño; escribirá y publicará artículos e incluso libros, a nombre propio o bajo seudónimo, haciéndose incluir en el numeroso grupo de tratadistas militares españoles. En su opinión, sin embargo, el cultivo de la inteligencia no constituía un fin en sí mismo, sino un medio, subordinado a los objetivos que dicta el deber. Se debe estudiar para mejor cumplir los cometidos que el empleo tiene asignados. Por otra parte, y es sin duda rasgo significativo, cuando se encontró en el trance de tener que elegir entre una condecoración valiosa y un ascenso, prefirió, sin vacilar, el ascenso.

II. ESPAÑA EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XIX AL XX.

I. En este diálogo entre la personalidad de Franco y su propio tiempo hay siempre un protagonista principal: España.

El Generalísimo dijo, sin que nunca modificara su opinión, que su vida había sido un servicio permanente a España y no tenemos motivos para dejar de admitir que ésta era su firme creencia. Lógicamente sus adversarios sostienen que, en la práctica, este servicio no se produjo pero también es ésta una creencia y nada más. Por su posición familiar y por su educación, el futuro Caudillo puede ser definido como uno de los productos humanos típicos de la Restauración de 1874 y de los ideales de vida que el moderado liberalismo triunfante con ella, estaba pretendiendo difundir. Es necesario hacer en este punto una distinción entre la forma de vida «liberal» y la adscripción a partidos o movimientos liberales. Muchos años más tarde los extranjeros que, libres de prejuicios, se entrevistaban con él, quedaban siempre sorprendidos por el talante «liberal» de su conversación, lo que no era obstáculo para que se declarase radical enemigo del sistema liberal parlamentario. Por otra parte, los maestros de Franco estaban haciendo una distinción muy clara entre el régimen de la Restauración y la democracia, que calificaban negativamente.

De acuerdo con el pensamiento de Cánovas (historiador, que presidiría de hecho la Academia), que Sagasta compartió, el poder legislativo y, al mismo tiempo político —pues se entendía que el Gobierno respondía a la mayoría parlamentaria— residía en las Cortes que representaban la soberanía nacional; *nacional* y no popular pues no era la nación simple suma de individuos que la componen sino cuerpo legitimado por la Historia. Por esta razón se reconocía que, por encima de la voluntad nacional tenían vigencia absoluta ciertos principios e instituciones, de los que dependía la existencia misma de la sociedad y de la nación. Estaban, como los más impor-

tantes, la Monarquía en cuanto forma de legitimidad histórica de España, la Religión católica, producto de Revelación y no producto humano, la dignidad de la persona y la propiedad privada que son anteriores a la sociedad. Franco, según veremos en muchas oportunidades, consideraba indiscutible la existencia de tales principios. La Constitución de 1876, que fue la más duradera y aplicada de todas las redactadas hasta ahora, se reconoció a sí misma Ley por debajo y no por encima de dichos principios. El Fuero de los Españoles, Carta otorgada del Régimen de Franco, recogió muchos artículos de dicha Constitución, algunos casi al pie de la letra.

Dos partidos, conservador y liberal, se turnaban en el poder: aplicaban para sí mismos diversos calificativos, como constitucionales o institucionales, pero nunca «demócratas». Este termino parecía reservado a los republicanos o izquierdistas, es decir, los que rechazaban los principios inamovibles; por eso tuvo carácter peyorativo, como si señalase con el dedo a los perturbadores del orden social. Los historiadores, en general, han recogido la opinión favorable que la Restauración obtuvo de sus contemporáneos. Había llegado después de siete años de crisis económica y política sumamente dura, con violencias generalizadas, y se mostraba como restablecimiento de la paz ciudadana, acompañada de dosis bastante considerables de libertad y de respeto. Franco creció en un ambiente social en que, al establecerse el parangón entre Monarquía y República, la primera resultaba absolutamente favorecida. No es extraño que, en su mente, la Monarquía inspirara confianza y la República temor a un fracaso estrepitoso. El tiempo parece haberle dado la razón.

El nuevo procedimiento de turno en el poder se benefició también del prestigio que le proporcionaba haber puesto fin a las guerras carlistas que, desde 1830, gravitaban como amenaza, latente o explosiva. El carlismo no desapareció: pasó a ser tradicionalismo y comenzó a producir un grupo de fecundos pensadores, entre los que Víctor Pradera debe ser tenido muy en cuenta, pues Franco redactó el prólogo para la edición de sus Obras Completas, y sintió por él verdadero entusiasmo. También derivaron desde el carlismo hacia los separatismos algunas ramas.

El defecto fundamental del sistema introducido con la Restauración consistía en que, al poner en marcha el mecanismo llamado «Turno de partidos», se falsearon progresivamente los procedimientos electorales, supeditando el sufragio a la manipulación del cacicato local, único que podía garantizar los objetivos propuestos. El turno se seguía practicando bastantes años después de que hubiera perdido su virtualidad. Tan sólo una minoría de españoles comenzó a percibir este hecho y, en todo caso, después de la fecha fatídica para España de 1898. Las notas manuscritas que hemos venido examinando dan a entender que Franco creyó que el desprestigio del sistema, y por consiguiente, de la Monarquía, sólo resultó evidente con el advenimiento de la República. La primera infancia del futuro Generalísimo, entre 1892 y 1902 –tal vez hasta 1905– el juego político parecía marchar bastante bien, y así lo reflejaban hasta los sainetes en sus burlas y bromas: la Reina doña María Cristina –que fue verdaderamente «doña Virtudes», dicho en su elogio– había conseguido salvar el gran escollo de la muerte de Alfonso XII, y el Estado discurría por cauces de equilibrio.

2. Sin embargo, los años entre 1892 y 1898 coinciden en España con una coyuntura económica de signo desfavorable en ciclo corto.¹² Fracasado el proyecto autonó-

mico cubano elaborado por Maura desde el Ministerio de Ultramar —a causa de una intervención norteamericana que convenció a los cubanos de que lo rechazasen— comenzó el 28 de enero de 1895 con «el grito de Baire» la que sería última etapa de la guerra de independencia cubana, una guerra que España no podía ganar y que le había sido impuesta por los intereses de Wall Street. Mucha gente ignoraba la realidad de la situación y, teniendo en cuenta sólo a los insurrectos, imaginaba que un gran esfuerzo como el de Valeriano Weyler podía acabar con ellos. De inmediato se produjo una inflexión desfavorable en el curso de la cotización de la peseta: la libra esterlina pasó de 29'52 a 39'24 en muy poco tiempo. Los precios de los productos alimenticios subieron y comenzó a ser un tópico, que los niños de su generación escuchaban constantemente, la «carestía de las subsistencias», expresión mediante la cual las familias de clase media o baja entendían que los precios estaban desbordando a los salarios.

En otro terreno, macroeconómico, se habían derrumbado los mercados exteriores para el vino y el hierro, disminuyeron las compras de algodón, lo que significaba una mengua en la producción textil catalana, y, en general, se apreció el retroceso de todas las exportaciones tomadas en conjunto. Flotaron, en medio de la recesión generalizada, los precios del trigo castellano, de los tejidos de lana de Cataluña y de la siderurgia vizcaína. Mantenimiento de los precios nada tiene que ver con expansión productiva; a veces aquél se debía, sobre todo, a una contracción. Esta circunstancia mueve a los historiadores a referirse a un triángulo de poder, Valladolid=Bilbao=Barcelona, que en la etapa siguiente, de 1898 a 1913, se convertirá en dominio político. Aunque los historiadores actuales discuten hoy la veracidad de la alianza entre los tres vértices, no puede dudarse de la influencia que ejercieron los intereses concertados en este caso.¹³

A partir de 1898 se inicia una coyuntura económica diferente, señalada por la recuperación demográfica y el leve progreso en la agricultura: se iniciaba ya la expansión de algunos sectores industriales como el hidroeléctrico o el químico. Todo era escaso, se localizaba en áreas muy restringidas y apenas si representaba una leve rugosidad en el conjunto de la nación. España seguía siendo un país con excesivo predominio del sector agrario sobre su economía. Al comenzar el siglo XX, cuando el futuro Generalísimo dobla la curva del primer decenio de su vida, el campo absorbía entre el 65 y el 70% de la población; en Galicia, Extremadura o Andalucía, el porcentaje era mucho más elevado. La mano de obra industrial figuraba en los censos tan sólo con un 16%. En el sector terciario el abundante servicio doméstico seguía siendo el gran protagonista.

Geográficamente, la población estaba muy desigualmente repartida: en la periferia, la densidad sobrepasaba los 100 habitantes por km.², pero en el centro de la Península se reducía a 40. Viajando en ferrocarril, desde El Ferrol a Madrid, como hará Franco en el verano de 1907, la vista se perdía en los grandes espacios vacíos en la pelada llanura. Será éste precisamente uno de los problemas más agudos con que tuvo que enfrentarse luego su Gobierno. Sucedió —y es un aspecto que debe tenerse en cuenta— que las soluciones a aplicar en la agricultura eran, por su propia naturaleza, lentas y difíciles porque los males que padecía reconocían raíces históricas muy lejanas en el tiempo, y dificultades climatológicas insoslayables que sólo obras costosas de infraestructura podían aliviar. Una reforma agraria, por la que todo el

mundo clamaba, si se emprendía de modo defectuoso, provocaba descensos en la producción con repercusiones dañinas para toda la economía.

En la Galicia natal de Francisco Franco el problema con que se enfrentaban los agricultores no era el de la conservación de los precios en el mercado exterior, ajeno y distante, sino de cómo obtener de la escasa parcela que el minifundio pusiera en sus manos, el sustento para la familia. Los excedentes de población contaban con muy malas perspectivas: salvo unos pocos que encontraban trabajo seguro, aunque mal retribuido, en el ferrocarril, pocas esperanzas de alivio les quedaban. De ahí que la emigración a Ultramar fuese muy intensa. Franco conservó en su retina las imágenes de pobreza a las que aludió en muchas ocasiones.

3. Por otra parte, la estructura agrícola presentaba notables disfunciones que derivaban del régimen de propiedad aplicado a la tierra. Había fincas, hasta cubrir el 28% de la superficie cultivable de todo el país, que tenían tamaño excesivo, concentrando los beneficios en muy pocas manos, mientras que otras, hasta el 46% del total, eran tan pequeñas que difícilmente podían alcanzar un mínimo de rentabilidad. Esto significaba que si se quería reducir todas las parcelas a un grado de explotación correcto, era imprescindible operar una reforma agraria muy profunda. La dificultad comenzaba en los distintos enfoques que podían darse al problema, el técnico—había que huir tanto de las dimensiones pequeñas que impedían usar maquinaria costosa como de las demasiado grandes que rompían la iniciativa—y el político, que buscaba tan sólo satisfacer demandas sin preocuparse de resultados económicos.

En las primeras décadas del siglo XX, cuando Franco iniciaba su carrera militar, España seguía encerrada en la trilogía clásica de los cultivos pobres —trigo, vid, olivo— siendo de este modo, contribuyente pasivo a la economía europea: exportaba minerales, aceite, conservas de pescado y algunos productos agrícolas, exactamente igual que en la época romana. Nadie se habría aventurado a predecir entonces que cincuenta o sesenta años más tarde, su desarrollo la pondría en condiciones de medirse con los otros socios del Mercado Común europeo.

La Península Ibérica, que había conocido hasta fines del siglo XVIII un alto grado de jurisdicción señorial, con mayorazgos vinculados y dominios exentos, conservaba pocos rasgos de esta estructura. Las ficciones literarias, que adolecen con frecuencia de escaso rigor histórico, no deben engañarnos. La mayor parte de los latifundios que aún sobrevivían, no procedían de los patrimonios heredados por las grandes Casas, sino de su desamortización y de la venta de propiedades eclesiásticas, que favorecieron escasamente a los pequeños y medianos campesinos. Sus propietarios estaban insertos en la política y, en no pocas ocasiones, ésta les había permitido obtener títulos de nobleza de nueva creación, fácilmente distinguibles de los antiguos. Vivían sistemáticamente lejos de la tierra, a la que pedían únicamente que les proporcionase rentas; predominaban en consecuencia los arrendamientos, y esto era serio obstáculo para la renovación de los cultivos y de sus técnicas. Los contratos tampoco obedecían a un solo modelo y, a veces, eran muy injustos. Extensas zonas estaban infrautilizadas como reservas ganaderas. A la carencia de medios técnicos y a la escasez de agua tendríamos que sumar la insuficiencia de los créditos que afectaba por igual a pequeños propietarios y arrendatarios. Sobre los campos españoles planeaba la más terrible de las plagas: la usura.

De ahí que la reforma agraria se convirtiera en tópico de los programas políticos. Numerosos ensayistas, desde la época de Jovellanos, se ocupaban de ella. En la primera mitad del siglo XX esta cuestión, que en el fondo comporta un grave problema técnico, acabó convirtiéndose en un sentimiento general —temeroso y amenazador para algunos— y en una bandera de combate. En el fondo los políticos operaban sobre dos términos de la disyuntiva: repartir primero la tierra esperando que esto baste para mejorarla, o ponerla en condiciones de producir bien antes de entregarla a nuevos propietarios. La República escogió el primer camino y Franco el segundo: en la necesidad de la reforma sí coincidieron.

Consecuencia de la pobreza generalizada: el atraso social era muy grande. Apenas si una cuarta parte de la población disfrutaba de condiciones de vida que pudieran ser calificadas como mínimamente dignas. Muchas familias, entre las que habría que incluir la de Franco, vivían con un margen muy estrecho de suficiencia, ahorrando. Las mujeres tenían fama de conocer métodos para multiplicar el valor del dinero. Por debajo de este nivel, la inmensa mayoría de los españoles tendría que ser catalogada como proletariado, urbano o rural, de muy escasa instrucción, jornadas de trabajo excesivamente largas y salarios, en cambio, cortos. El analfabetismo de segundo grado, formado por aquellos que empleaban su conocimiento de la escritura en la lectura del periódico pero jamás de un libro, era amplísimo. La enseñanza media, y no digamos la universitaria, se hallaba al alcance de grupos muy reducidos; de ahí la contradicción de que las matrículas fuesen muy baratas ya que la escasa demanda social permitía atender la enseñanza más elitista con los impuestos del Estado.

En 1929 Florián Rey logró el primer éxito importante del cine español con *La aldea maldita*, empleando escenarios naturales para narrar un drama rural. La película, aún hoy, tiene un profundo sentido de la autenticidad y sus imágenes constituyen una buena demostración de lo que estamos pretendiendo explicar. Cuando, en 1942, con objeto de lograr un relanzamiento, dirigió una nueva versión, los escenarios habían perdido su agria y serena autenticidad. Las masas rurales, como la película refleja, conservaban su catolicismo.

4. No creo que podamos definir estos primeros años de la vida de Francisco Franco de otro modo que diciendo que transcurrieron como los de cualquier niño de familia militar en El Ferrol. Las escasas noticias que, acudiendo a toda clase de testimonios, podemos reunir, reservan muy escaso lugar al padre; es la madre quien se encarga de alimentar el espíritu con la dignidad tradicionalmente heredada en el servicio a la Flota. Invierno y verano, la mirada del niño que crece, y que en algunas fotografías que se conservan aparece bien abierta, se asomaba a esa especie de lago interior que forma la bahía, unida al mar por la canal que aún surcaban más veleros que vapores. El olor a brea, las mercancías apiladas en el muelle, el cordaje arrollado, el rancho de los marineros que comen en la cubierta que se balancea, el chirriar de los remos en los estrobos mal engrasados y el agudo chillido de las gaviotas, era un paisaje inolvidable para los niños habitantes de los activos puertos del norte de España, especialmente de aquellos que se preparaban para el servicio en la Marina. Refiriéndose a Francisco, su hermana Pilar recordaba en 1973: «le gustaba mucho el mar». ¹⁴

Franco estudió en el colegio del Sagrado Corazón, que dirigían primero el sacerdote Marcos Vázquez Leal, y luego Manuel Comellas; de aquí pasó a la Academia de Nuestra Señora del Carmen para hacer el bachillerato en régimen de enseñanza libre, es decir, realizando los exámenes en el Instituto Nacional. Dirigía esta academia, especializada en preparar alumnos para el ingreso en la Escuela Naval, don Saturnino Suanzes, padre de José Antonio Suanzes, ministro de Industria y fundador del INI en la época de Franco. Sus compañeros y amigos recuerdan que tenía facilidad para las matemáticas y nunca fue suspendido, pero nunca mostró excesivo empeño en el estudio. Religiosamente fue también un practicante sin excesos: aceptó el catolicismo sin dudas, como el hecho más natural.

En los discursos posteriores de Franco se encuentran referencias muy directas a la situación económica y social que hemos esquematizado: sobre ella poseía ideas muy claras y también propuestas de solución. No es posible saber en qué momento comenzaron a formarse, pero no es absurdo referirlas ya a la adolescencia. Remediar la doble situación, de penuria económica e insuficiencia educativa fue, para él, mandato de la historia heredada. En esto se le puede considerar «regeneracionista». El Régimen político que sustituyó al suyo le ha acusado de excesos en el desarrollo económico —muchas de sus realizaciones han sido «reconvertidas»— y de haber hecho demasiado asequible la enseñanza, pero no de lo contrario. Esa misma situación nos explica que, hasta la Guerra Civil, las masas se sintieran más arrastradas al anarquismo que al socialismo y prácticamente nada al comunismo: el socialismo, que requiere para desarrollarse mayor holgura económica en los asalariados y más dosis de divulgación intelectual, fue indudablemente favorecido por los cambios del franquismo. Ni en 1914 ni en 1934 contaba con fuerzas suficientes para triunfar.

III. DIVISIONES IDEOLÓGICAS.

1. Como hemos indicado en varias ocasiones, en 1875 don Antonio Cánovas del Castillo y don Práxedes Mateo Sagasta, se pusieron de acuerdo para implantar en España un sistema más «europeo» que los anteriores, apoyado en una considerable ampliación del derecho de voto. Dos grandes partidos iban a representar la opinión de los españoles; ciertas precauciones se tomaron para dejar fuera a los grupos minoritarios. De acuerdo con este esquema los «conservadores», que sustituían a los antiguos moderados, debían defender las instituciones, frenando, pero no impidiendo, las reformas, mientras que los «liberales» aplicaban el acelerador y se mostraban menos «católicos», en el sentido de «clericales». En la práctica esto no resultaba cierto: los dos grandes partidos institucionales figuraban como alas de un mismo movimiento, las cuales verdaderamente se turnaban para asegurar la continuidad y permanencia del sistema, impidiendo que otras corrientes o grupos lo perturbaran. Cuando los conservadores ocupaban el Gobierno, realizaban las reformas que los liberales preconizaban a fin de arrebatarse a éstos su aureola y su crédito; sucedía, de este modo, que en la práctica, se ejecutaba un solo programa. Tradicionalistas, por la derecha, y demócratas republicanos por la izquierda, formaban los flancos.

El turno dejó de ser en mecanismo civilizado para el cambio y pasó a ser esencia del sistema: las diferencias entre los partidos se referían más a las personas que

a las realizaciones y los sectores políticos se disolvieron en simples clientelas. El desinterés de los electores, a quienes ya no acuciaba ni siquiera el temor de un cambio demasiado radical, salvo en los empleos ministeriales, quedó reflejado en cuotas de participación muy escasas. Además, el sistema funcionaba gracias a una evidente falsificación: el Gobierno se constituía antes y no después de la consulta electoral que habría de proporcionarle la mayoría. Cuando uno de los dos partidos había agotado su turno, presentaba al Rey la dimisión: éste encargaba al jefe de la facción contraria la formación del Gabinete y le entregaba el real decreto de disolución de la Cámara. No sucedió nunca que el partido en el poder perdiera las elecciones. En la conciencia popular se perfilaba la idea de que los votos eran mera fórmula y la política una profesión o un empleo bastante estable.

Los cambios de Gobierno se llamaban «crisis». En algunas ocasiones, posteriores a 1907, el Rey tomaba la iniciativa y entonces los periodistas hacían un juego de palabras y las calificaban de «orientales». Para que el mecanismo funcionase después con la precisión de un reloj se necesitaba que los distritos electorales estuviesen dominados por caciques, más seguros en sus dimensiones políticas y más enraizados en la sociedad que los bosses norteamericanos.¹⁵ Este sistema, que algunos políticos y ensayistas de nuestros días presentan bajo una luz dorada y amable, tenía exceso de hipocresía y provocaba dos serios desgastes en el orden constitucional. Obligaba al Rey, imprescindible, a intervenir en los cambios de Gobierno convirtiéndole de árbitro en protagonista —parecía que era él quien tomaba la iniciativa del relevo— y generaba en los españoles la convicción de que mandaba el «pucherazo». Lo primero desgastaba inevitablemente el prestigio del Soberano, que era el que más cuidados merecía. El segundo provocaba, en los españoles de la primera mitad del siglo XX, desconfianza hacia las urnas.

2. Otras diferencias, más graves por hallarse más hondas en la raíz del pensamiento, habían surgido como consecuencia de la revolución de 1868 y de la Restauración. La influencia de la Masonería —Prim tuvo un entierro públicamente masónico y las relaciones de don Amadeo de Saboya con la Orden parecían seguras— y del krausismo iniciaron una ruptura que llegaría a hacerse muy radical entre católicos y anticlericales; estos últimos, imitando a Francia, se denominaron a sí mismos «laicos» aunque, en realidad, se mostraban predominantemente agnósticos. La recíproca oposición se mantuvo durante muchos años hasta desembocar en la Guerra Civil de 1936.¹⁶ Lo que caracteriza a ambas posiciones es, además de una recíproca negativa al diálogo, la insuficiencia de planteamientos filosóficos profundos. Krause fue un filósofo alemán de muy escaso relieve —aunque su pensamiento no sea digno de menosprecio— porque tuvo la mala fortuna de ser coetáneo de Fichte y Hegel, cuya preocupación se dirigía a lograr una nueva versión del idealismo. El profesor Julián Sanz del Río, nacido en 1814, descubrió, durante su estancia en Alemania en 1843 algunas obras de Krause que trató de adaptar después a lo que era su conciencia de la realidad española. Desde su cátedra, a partir de 1857, intentó la difusión de estas ideas, sufriendo por ello persecución de los Gobiernos moderados: lógicamente la caída de Isabel II fue considerada por los krausistas como victoria propia.

No debe identificarse el krausismo español con el propio Krause. Lo que Sanz del Río, y después sus discípulos, trataban de proponer era una enseñanza moral

independiente de las creencias religiosas y una pedagogía acorde con ella; de ambas cosas se componía el «laicismo». En la Iglesia, laicos son aquellos fieles que no son clérigos ni religiosos; en el lenguaje corriente se abrió paso la idea de que eran los no católicos, es decir, no practicantes agnósticos, deístas y aun ateos. Sobre el eje inicial de krausismo se acumularon más tarde doctrinas que procedían del liberalismo doctrinario, neokantismo o positivismo. Todo esto fue aplaudido calurosamente por la Masonería porque coincidía con su defensa de una religiosidad secularizada, refinamiento estético, tendencias muy elitistas en el seno de una sociedad democrática, y eticidad secular. Las «batallas» de Escuelas en torno a la provisión de cátedras reflejaron también la oposición.

El fracaso final de la Revolución de 1868 comprometió seriamente a los krausistas que habían predicado con insistencia contra la Monarquía y el catolicismo, obligando a la segunda generación de «laicos» beligerantes —en donde el contenido doctrinal no krausista era muy considerable— a reorganizarse. Para ello crearon una sociedad por acciones, la Institución Libre de Enseñanza, especie de Universidad privada sin títulos oficiales, que se proponía difundir las ideas arriba mencionadas. No se mencionaba el krausismo, sino la amplitud y tolerancia de opiniones, pero es indudable que la doctrina de Sanz del Río dominaba ampliamente.

La influencia de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza fue muy grande. Ellos defendieron el principio de que la Universidad tenía que hacerse investigadora; con el tiempo crearon la Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes y el Instituto Rockefeller. Las tres grandes figuras que encarnaban el laicismo en los años de juventud de Franco eran Nicolás Salmerón, antiguo Presidente de la República, convencido positivista, Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate. Todos profesaban una especie de deísmo muy acorde con las doctrinas masónicas y propugnaban la sustitución del catolicismo por una teodicea, que a veces derivaba hacia la teosofía. La ética de la Institución Libre de Enseñanza se hizo proverbial: a veces se identificaba con la buena educación y las formas externas de la cortesía.

3. En 1877 Gumersindo de Azcárate hizo una afirmación que después muchos repetirían: España carecía de ciencia porque, durante siglos, la Monarquía y la Iglesia habían ahogado su pensamiento. Como toda expresión simplificadora era falsa —hacía referencia únicamente al conocimiento experimental, negando valor a todo lo demás— pero muy mnemotécnica: por eso pudo ser fácilmente aprendida y repetida. Dio la réplica Marcelino Menéndez y Pelayo primero en un artículo y luego en una gran obra, *La ciencia española* (1880), demostrando que España había sabido crear ciencia y pensamiento. A ésta siguió la *Historia de los heterodoxos españoles* en que pretendía proporcionar un cuadro completo del pensamiento español desde todos los ángulos, incluyendo el de la disidencia. Don Marcelino afirmaba la coincidencia entre el catolicismo y el ser de España con algunas frases lapidarias: refiriéndose a la Fe dijo que «por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias nacidas para tenaz porfía de cualquier vecino codicioso» y también que «el día que acabemos de perderla retornaremos a los arévacos y los vec-tones o a los reinos de taifas».

Menéndez y Pelayo no fue combatido únicamente desde el laicismo que, triun-

fante de modo absoluto después de 1975, lo ha sepultado en el olvido —conservando su nombre para una Universidad de Verano que defiende precisamente lo contrario de lo por él preconizado— sino también por el integrismo católico, que rechazaba la invocación a las raíces del pensamiento español y buscaba en las corrientes extranjeras del neotomismo todos los argumentos para su defensa. La polémica se encrespó hasta el punto de que se hablaba de «dos Españas», una de las cuales necesariamente, según Antonio Machado, «te ha de herir el corazón». Sus protagonistas llegaron a creer que eran irreconciliables. Francisco Giner de los Ríos acuñó también su frase lapidaria: «los amigos del catolicismo son enemigos de la libertad y los amigos de la libertad son enemigos del catolicismo». A lo que sus adversarios replicaban que lo que él y sus seguidores llamaban libertad no era otra cosa que libertinaje. Esta última palabra aparece con mucha frecuencia en los discursos de Franco.

Es indudable que Menéndez y Pelayo fue un erudito excepcional, cuyas obras todavía se utilizan con abundancia, aunque no se mencionen. Pero el pensamiento católico, en su beligerancia, no estaba representado bajo la Restauración por sus escritos sino por los de fray Ceferino González, el dominico asturiano († en 1894) que llegó a ser cardenal primado en cuanto arzobispo de Toledo. Su historia de la filosofía sirvió de base para la formación de seminaristas durante muchas generaciones. Pero importa mucho más a los historiadores sus otras obras sobre la filosofía tomista y sobre las relaciones entre Religión y Ciencia. Fray Ceferino sostenía que la razón, otorgada por Dios al hombre, hace más comprensible su Fe y que el progreso científico, al que debía perderse el miedo, haría más claras las Escrituras. El catolicismo neotomista no pretendía el retorno al siglo XIII, como le reprocharan sus adversarios sino aplicar a los problemas del siglo XIX la misma clarividencia que Santo Tomás demostrara en su propio tiempo. Tampoco era enemigo del liberalismo político, cuya práctica elogiaba; sólo rechazaba los errores concretos señalados por los Papas. Los tradicionalistas, en cambio, se encerraban en posturas ultraístas como aquella de «el liberalismo es pecado».

La Guerra Civil de 1936-1939 se convertiría, entre los «nacionales», en una lucha contra el laicismo: para el mismo Franco, educado en este ambiente doctrinal, Masonería y Comunismo eran como las dos caras de la misma moneda pues contribuían, cada uno a su modo, a destruir el «ser» de España. José Luis Comellas cree que debe hablarse de dos etapas en la Restauración separadas por las fechas de 1897 —asesinato de Cánovas— y 1898 —desastre en Cuba— y que durante la segunda las críticas contra el sistema y en definitiva contra el binomio Monarquía-Catolicismo, se agriaron. Ante las críticas del laicismo, desde fuera del Régimen, se produjo la propuesta de «regeneración». Esta palabra, acuñada por Joaquín Costa, sirvió sobre todo de tópico a las derechas. «Regenerar» era sinónimo de revolucionar, pero sin violencia.

El Régimen de Franco, al menos durante la primera mitad de su transcurso, presentó el pensamiento de Menéndez y Pelayo como paradigma, invocando su catolicismo vertebral y su racionalismo como verdaderos fundamentos del saber. Una de las primeras preocupaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue editar las *Obras Completas* de don Marcelino y distribuir las profusamente a todos los centros de enseñanza. Se esperaba encontrar en el Humanismo católico el signo de identidad regenerador de la conciencia española. Después de 1956 esta evocación se abandonó.

4. Más allá del laicismo comenzaba el ateísmo marxista y bakuninista. Algunas veces fuertes personalidades intelectuales, como Unamuno o Azorín, pasaron por etapas de socialismo por disconformidad con el «aburguesamiento» de la Restauración. Traducciones del *Manifiesto comunista* y de *El Capital* se conocieron en España desde muy pronto, pero sin que lograran, antes de la revolución de 1868, atraer adhesiones. Después de que en el Congreso de La Haya (1872) se consumara la ruptura entre la Internacional y los anarquistas, el yerno de Marx, Paul Lafargue, nacido en Cuba, vino a España para organizar un grupo que se opusiera a los progresos del anarquismo. Demasiado tarde, porque éste había conseguido echar raíces. En este primer grupo de 25 personas que el 2 de mayo de 1879 fundaron el Partido Democrático Socialista Obrero Español, figuraban ya José Mesa, Francisco Mora y Pablo Iglesias. Mesa se exilió en París, desde donde colaboraría en el semanario *El Socialista*, alimentando a sus compañeros con doctrinas francesas, y de este modo Pablo Iglesias pudo aparecer como dirigente fundamental del Partido y su fundador.

La imagen de Pablo Iglesias ha sido posteriormente manipulada, incluso en lo externo, para hacer de él una especie de patriarca de mirada dulce. En realidad este tipógrafo de lecturas desordenadas era un activista de ideas muy rígidas por demasiado simplificadoras: en resumen, una especie de fanático que creía en la necesidad de odiar a quien no compartiera los principios salvadores del marxismo. El naciente partido contó pronto con intelectuales, menos conocidos desde las bases y también más efímeros en sus filas.¹⁷ Cuando Franco inició sus estudios de bachillerato y preparación para la Academia Militar se publicaba en El Ferrol un periódico socialista de escasa tirada, *El bien del obrero*.

Tras la ruptura de Marx y Bakunin los anarquistas españoles se declararon antimarxistas, pero no por eso aparecieron como directamente bakuninistas. Anselmo Lorenzo (1841-1914), que puede considerarse como el primero de sus grandes dirigentes, no supo imprimir unidad al movimiento, que mostró tendencia a dividirse en varias ramas. Un individualismo excesivo, así como la propensión hacia todo lo existente, fácilmente inclinaba a sus adheridos al terrorismo brutal y simplificador. No parece que estemos en condiciones de presentar el movimiento anarquista como algo homogéneo, sujeto a directrices y doctrina. Muchos intelectuales sintieron, y aún sienten, cierta simpatía romántica hacia el anarquismo por la radicalidad de sus sentimientos. La Escuela Moderna, que los anarquistas propugnaban, se definía como antirreligiosa (no sólo anticatólica), igualitaria, libre y revolucionaria.

IV. 1898.

1. En el momento en que una voladura provocada, de cuya responsabilidad, muchos años más tarde, la Administración norteamericana absolvió a las autoridades españolas —era de todo punto evidente que no les convenía—, hacía naufragar al vapor Maine en el puerto de La Habana, Francisco Franco cumplía seis años. Sin embargo en su conciencia posterior, moldeada por la cólera que, entre los suyos, despertó dicho acontecimiento, esta guerra del 98 figuró como el primero de los sucesos decisivos de su vida. Enmarcó su recuerdo en cuatro palabras secas y dramáticas: «Cuba. Injusticia. Traición. Abandono de Europa».¹⁸ Injusticia, sin duda, porque la tripu-

lación de aquel barco, enviado para provocar el incidente, había sido cordialmente recibida por las autoridades, que organizaron comidas y recepciones en su honor, y las autoridades de Washington respondieron a las humildes ofertas españolas con un gesto de brutal imperialismo: debían venderle la isla por 300 millones de dólares, más uno de regalo para los bolsillos de quienes negociasen. Y cuando el Gobierno, con gran dignidad, se negó, una campaña orquestada por William Randolph Hearst —ciudadano Kane en la película de Orson Welles— acuñó una frase «Acordaos del Maine», que recordaba la de «acordaos de El Álamo», que permitiera la anexión de Texas y que fue servida también con acompañamiento de testimonios gráficos oportunamente falsificados. Es posible que el recuerdo del Maine sirviera a Franco de acicate en su propósito de no romper las relaciones con Cuba cuando los Estados Unidos se lo pidieron al imponer bloqueo a Fidel Castro.

No es éste el momento de discutir hasta qué punto las palabras del Generalísimo reflejan la verdad o se alejan de ella. Indican desde luego una conciencia que los jóvenes estuvieron recibiendo en los años siguientes.

Es impensable que la jornada del 3 de julio de 1898, cuando la escuadra española fue hundida frente a Santiago, haya tenido influencia directa sobre Francisco Franco, por más que algunos niños, compañeros en el Colegio, vistiesen de luto por los padres muertos. Pero tampoco puede descartarse el hecho de que creciera y se educara en un medio ambiente en que se culpaba a los políticos del desastre: «traición». Siendo ya Jefe de Estado percibió que aquel episodio había sido el primer retroceso de Europa frente a los Estados Unidos; ése era el «abandono de Europa». Pragmático en la conducta, concedió escasa importancia a la amistad de los países europeos y mucha, en cambio, a la norteamericana. Lo que no impide el sentimiento profundo de nostalgia. En el guión de *Raza* encontramos dos frases muy significativas que son como la síntesis, muy resumida, de un pensamiento: «triste ha sido el verano del 98 en el pazo de los Andrade», y «el deber es tanto más hermoso cuantos más sacrificios entraña». Ambas nos permiten medir la diferencia que existe entre el Generalísimo y los grandes escritores y ensayistas que se agrupan bajo el calificativo de Generación del 98, a la que, por su edad, tampoco podía pertenecer. Un dato a señalar: en 1936 los supervivientes de aquella generación, con muy raras excepciones, se inclinaron por su bando, a diferencia de lo sucedido con la del 26. Ramiro de Maeztu fue asesinado por esta causa.

Para los españoles, el desastre del 98, tan próximo al asesinato de Cánovas, fue como una invitación a detenerse en el camino, y meditar. El «dolor de España» se presentó de pronto de manera aguda, casi física. Como una consecuencia o conexión, apareció el «regeneracionismo»¹⁹ que, en ciertos aspectos parece un anticipo de los movimientos europeos de emergencia posteriores a la Guerra mundial. Se mostró tanto en la derecha como en la izquierda como un intento de resurgimiento mediante reformas rigurosas pero desde dentro. En cierto modo puede decirse que hubo en Franco una veta de regeneracionismo, y en esto parecen acordes los historiadores, aunque sin plantearse la cuestión de la deseable europeización de España. Se convirtió, por estos años, en soldado nato y en escritor que, aunque de buen estilo, no pasaba de cronista. Pensaba y sentía como soldado, nada más. Y nada menos.

El dolor, que las mujeres de los marinos hacían ostensible en forma de luto muy riguroso, dejaba en pie el honor: hombres y barcos, a costa de su vida, habían cum-

plido con su deber. Tal sería la interpretación dada posteriormente por el Generalísimo, usando la palabra traición, que es muy fuerte, en esas notas de 1962 que hemos examinado, volviéndolas contra el recuerdo de Maura, que criticara la actuación de la flota cuando, como antiguo ministro de Marina, tenía obligación de conocer que el atraso técnico de los barcos españoles los conducía al desastre. Este libro, que se ocupa de Franco, de su tiempo y de su obra, difícilmente puede entenderse si se olvida que comenzaba a difundirse por las fuerzas Armadas un sentimiento que llegará a desempeñar importante papel en el futuro: la Marina y el Ejército habían cumplido con heroísmo —serenidad de Cervera cuando sabe que conduce a sus barcos a la muerte, heroísmo a secas de Joaquín Vara del Rey en El Caney o de Linares en las lomas de San Juan y fría obediencia, hasta más allá de lo razonable, del capitán Enrique de las Morenas y su puñado de hombres en el blocao de Baler, al otro lado del mundo— pero los políticos, no. La película más significativa de este sentimiento será *Los últimos de Filipinas*: el Régimen de Franco la considerará como un modelo en el planteamiento de las virtudes militares, incluyendo la del respeto al adversario.

Los sentimientos de la joven oficialidad, a la que Franco se incorporaría nueve años más tarde, no presentaban la menor duda:²⁰ los políticos eran únicos responsables de lo sucedido en 1898 pues ordenaron al Ejército y la Marina librar una guerra sin proporcionarles los medios adecuados. Por eso aquella generación de militares buscará con ahínco la oportunidad de demostrar que no era a ellos a quienes podía culparse de lenidad o incompetencia alcanzando en Marruecos la victoria. Cuando ésta llegó, de la mano de Primo de Rivera, se sintieron confortados por el hecho de que el Gobierno de civiles estuviese sustituido por un Directorio militar.

2. El desastre del 98 provocó en España un fenómeno generalizado de reacción intelectual. No deben confundirse los intelectuales con los estudiosos: los primeros juzgan y critican los problemas; los segundos los explican. En general los intelectuales evolucionaron hacia una posición negativa presentando muy pocas soluciones constructivas. Cuando se dieron a conocer las humillantes condiciones del tratado de paz que se firmó en París, envueltas además en referencias a la defensa de los derechos humanos en Cuba, las censuras más acerbadas se desataron contra un sistema al que se calificaba de ineficiente por culpa de los partidos.²¹ «Todos nos sentimos iconoclastas», afirmó Unamuno. Los hombres de la generación del 98 expresaron su dolor ante una España postrada, a la que Azorín calificaba de «yerma» y «silenciosa bajo el atraso» mientras que Antonio Machado la motejaba de «tahúr, zaragatera y triste». Valle Inclán enfiló su artillería a la Corte de los reyes liberales, en especial Isabel II, para convertirla en «esperpento» de los «milagros», y se declaró carlista en pura y extravagante ficción literaria. Al filo de este disgusto estético y ensimismado, Macías Pica-vea, Ángel Ganivet y Joaquín Costa, hacían sus propuestas de regeneración.

El regeneracionismo no fue nunca un programa en sentido estricto y menos una ideología sino que, al modo hispánico, era un sentimiento; según Enrique Tier-
no Galván precisamente el que inspira a toda la derecha española durante el siglo XX, incluyendo el Régimen de Franco. Partía de una visión negativa de la realidad, descrita en palabras de Pío Baroja como una «oligarquía de políticos que miraban al Estado como si fuera una finca» o, con la contundencia de Joaquín Costa como «un estado social propio de una tribu de eunucos sojuzgada por una cuadrilla de saltea-

dores». Aunque menos coloristas, no fueron menos duras las frases que Franco dedicó a los partidos políticos, en los que veía los verdaderos responsables de los males padecidos por el país.

Regenerar no significaba implantar la dictadura como forma política, sino permitir a un «cirujano de hierro» seccionar las trabas que los partidos y el caciquismo estaban oponiendo al desarrollo normal del país. A veces se hacían referencias a un movimiento como alternativa de los partidos oligárquicos y caducos. Se daba a entender que los partidos eran adecuados para provocar la división entre los ciudadanos mientras que el movimiento generaba unidad. De modo que el término movimiento pertenecía al léxico político y no fue inventado por José Antonio ni por Franco. No deja de ser curioso, y demostrativo de este aserto que los revolucionarios asturianos de 1934 iniciasen el 10 de octubre una proclama anunciando «el avance progresivo de nuestro glorioso movimiento». Iba firmada por Ramón González Peña.²²

3. Joaquín Costa es un antecedente principal; a menudo se han interpretado mal sus expresiones hasta convertirlo en ideólogo del autoritarismo posterior.²³ En sus discursos como Jefe de Estado, Franco le mencionó varias veces, y durante la vigencia de su Régimen se le hizo objeto de consideración muy especial. Notario de Graus, político autodidacta y solitario, sostenía ideas que a veces resultaban excesivamente atípicas y simples acerca del modo cómo obtener la regeneración: por ejemplo llegaba a decir que la estabilidad monetaria dependía del sostenimiento de una sana moneda de oro. Pero no olvidemos que, en la década de los 50/60, Mariano Navarro Rubio, gran admirador de Costa, logró algunos de sus mejores éxitos en la estabilización aplicando métodos que un economista riguroso habría calificado de poco ortodoxos. Los latiguillos de Costa acerca de las más perentorias necesidades de España —riegos, escuela y despensa más precios consolidados— despertaron entusiasmo en auditorios que no se detenían a preguntar cuáles eran los medios adecuados para alcanzar tales objetivos.

Aprovechando su paso por la presidencia del Ateneo de Madrid, Costa organizó en 1901 una encuesta sobre el tema «oligarquía y caciquismo». Fueron interrogadas 181 personas de relieve seleccionadas cuidadosamente. Se aceptaba como principio incuestionable que el caciquismo era inseparable del régimen parlamentario establecido. Las respuestas que se recibieron parecían insuficientes; muchos de los preguntados no contestaron; de entre los políticos sólo lo hizo Antonio Maura; y algunas personas redactaron escritos excesivamente largos. Sin embargo, y pese a todas estas deficiencias, el esfuerzo de Costa condujo a un notable resultado al demostrar la unanimidad con que se calificaba negativamente el régimen imperante.

La situación era resueltamente mala y los españoles consideraban a los políticos como principales responsables ya que veían el ejercicio del poder como disfrute de una prebenda correspondiente a sus méritos y no como un acto de servicio a la nación. Costa llegaba al convencimiento de que las soluciones tenían que buscarse más allá del Parlamento, de los partidos e incluso de la política. Por esta vía llegó a la famosa frase del «cirujano de hierro» que tantos han tergiversado después. No resulta fácil entender lo que Costa en definitiva deseaba: se refería muchas veces a la sustitución de los partidos, falsos, por un movimiento que aconsejaba llamar Unión Nacional que, eliminando a los caciques, permitiese a todos los españoles sin

distinción de procedencias, agruparse para la concurrencia de sus opiniones en un esfuerzo común de reconstrucción. Y a esto llamaba regenerar. Costa murió en 1911 y estaba profundamente decepcionado.

Resulta imprescindible esta prolija enumeración del ambiente que se respiraba en los años de adolescencia y primera juventud de Franco porque en él se encuentran todas las claves para su política, como demuestran además sus discursos. De otro modo no entenderíamos su concepto del Movimiento ni los objetivos que, como Jefe de Estado, se propuso alcanzar. Los que hablaban de reforma o de regeneración no estaban pensando en cambios radicales revolucionarios, sino en medidas de saneamiento tomadas desde arriba. En la primera década de su reinado el joven Alfonso XIII estaba despertando simpatías —Franco guardó siempre para él su fiel recuerdo— e incluso sectores muy alejados de la Institución monárquica le miraban con esperanza. En los años que precedieron y acompañaron a la Primera Guerra Mundial esa simpatía se extendió a Europa porque su conducta, en la neutralidad, tuvo destellos de humanitarismo. Los juicios desfavorables hacia su persona, que no llegaron a los insultos deplorables de años después, incidían en señalar que era más listo que inteligente, y que sentía propensión a «jugar a la política». Esto último era una consecuencia casi inevitable del sistema de turno.

En sus notas manuscritas, Franco se referirá al «desvío» de los españoles hacia su Rey, que descubrió abruptamente en 1931. Resulta prácticamente imposible a los historiadores aclarar cuáles fueron las causas de este desvío. Se alude a su falta de destreza, por exceso de campechanía, en el trato con los intelectuales, que le abandonaron. También a la excesiva velocidad que se imprimió en el turno de partidos, hasta dar la sensación de que era el Rey verdadero artífice de dicha velocidad. Otros le reprochan una excesiva coincidencia con los ministros. Pero todo esto formaba parte del sistema establecido por Cánovas.

Es indudable que la Monarquía sufrió un desgaste que, llegado cierto momento, resultó irreversible. Faltó, en la Restauración, y también más tarde, una exposición doctrinal a fondo de los elementos constitutivos de la Monarquía así como de los poderes y funciones que corresponden al soberano. Los monárquicos se limitaban a elogiar cuanto podían la persona de don Alfonso y con ello conseguían efectos contradictorios: la afición a los deportes y a los automóviles, presentada con intenciones laudatorias, contribuía a crear en su torno una falsa sensación de frivolidad, a la que también cooperaba la noticia de algunas veleidades femeninas, aireadas indiscretamente.

Franco conservó durante toda su vida admiración y lealtad profundas hacia su Rey. En toda la documentación utilizada para la redacción de este estudio sólo una mención de censura aparece: el Generalísimo consideraba un error su renuncia en 1931; a su juicio, don Alfonso hubiera debido defender la corona recurriendo a todos los medios a su alcance; añadía que había estado mal servido y mal aconsejado por sus colaboradores y que la caída de la Monarquía, acontecimiento muy desdichado para España, se debía precisamente a la existencia de partidos políticos. No le faltaba razón: liberales y conservadores se habían apoyado en la Corona como en una bisagra para hacer girar las ruedas del turno y de este modo la Institución, que pertenecía a la esfera de lo permanente, había sido inexorablemente arrastrada al vacío. Sectores muy importantes del Ejército compartieron la lealtad a la Monarquía.

V. LA APARICIÓN DE LOS SEPARATISMOS.

1. Franco se mostró absolutamente contrario a cualquier tendencia regional autonomista o separatista, aunque en varias ocasiones y de manera especial en el breve testamento político leído en el momento de su muerte, tributó elogios a la diversidad regional. Recomendaba, en aquel último instante, «mantener la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de fortaleza de la unidad de la Patria». Por eso es importante decir algunas palabras acerca del complejo fenómeno, hasta donde han podido aclararlo los historiadores, que tuvo en la crisis de 1898 una especie de exaltación. Los regionalismos, conectados en gran medida con el regeneracionismo, fueron antes: los separatismos vinieron después, como una consecuencia de la crisis, y no fueron formulados con absoluta claridad más que en pocas ocasiones.

El fenómeno regionalista apareció antes en Cataluña que en Vascongadas, y había para ello razones históricas ya que el Principado había poseído hasta el Decreto de *Nueva Planta* a principios del siglo XVIII estructura e instituciones propias. Según el agudo análisis de Vicens Vives, 1898 fue factor para que diversas corrientes se unieran, si bien la primera formulación programática tuvo lugar antes, en 1892, el año en que la Unió Catalana, coordinadora de varios grupos, hizo aprobar unas Bases Comunes en la Asamblea celebrada en Manresa. Eminentemente conservadora en su mentalidad social, la Unió, según advierte Artola, incurría en contradicción: por una parte se mantenía dentro de la Constitución de 1876, aunque concibiendo tanto las Cortes como el Tribunal Supremo sobre nuevos fundamentos regionales, mientras que por otra establecía dogmas políticos como «la libertad de los catalanes», el monopolio de la lengua catalana, la reserva de todos los cargos a los naturales del país o la creación de un Ejército propio, que apuntaban directamente contra el mantenimiento de la unidad española.

El proteccionismo aduanero ensayado por la Restauración, estaba acostumbrando a los empresarios catalanes a considerar que sus intereses, bien protegidos por el arancel, eran distintos, superiores e incluso ajenos a los del resto de España. Las Antillas, incluso después de la guerra, absorbieron gran parte de la producción textil catalana, incrementando los beneficios. Entre los empresarios catalanes se difundió la noticia de que el Principado estaba contribuyendo al Estado en una proporción mucho mayor que cualquier otra región; era, por consiguiente, un mal negocio seguir dentro de dicho Estado. Los moderados, dentro de esta corriente, se conformaban con una negociación que permitiese establecer un concierto económico. Nada de esto era propicio a la creación de sentimientos de solidaridad en los demás españoles. En el mensaje entregado a la Reina María Cristina el 14 de noviembre de 1898, al tiempo que se hablaba de la «indestructible unidad política de España» se formulaba ya el deseo de estructurar el territorio «en grandes regiones de limitación natural por su raza, idioma e historia».

La Renaixença, movimiento cultural que evocaba las glorias líricas de los trovadores, los antiguos tiempos de la Corona de Aragón y las hazañas de los marinos barceloneses en el Mediterráneo, logró devolver al idioma catalán mucho del brillo que había perdido: se introdujeron nuevos vocablos, nuevas grafías y nuevas formas de expresión; una amplia literatura catalana, incluso en el orden científico, se pro-

dujo entonces. Se hablaba de «modernismo» como fenómeno cultural referido a Cataluña: en su aspecto arquitectónico, Gaudí pudo dejar una impronta especial como en la iglesia de la Sagrada Familia, que vendría a ser signo distintivo de Barcelona. La burguesía de esta ciudad, adicta a las sesiones de ópera del Liceo —era una señal de identidad poseer una plaza— consideraba todos estos fenómenos como señal de su capacidad especial para asimilar los movimientos culturales europeos.²⁴

2. Algunos escritores, que sí estaban incorporados a corrientes estéticas de fuera, como Eugenio d'Ors (Xenius) que publica en 1911 *La Ben Plantada*, comenzaron muy pronto a luchar contra el modernismo, que practicaban, censurando su artificio. Otros, por el contrario, buscaban inspiración en el pasado y en la historia medieval e insistían en el carácter «nacional» de Cataluña, dando a esta palabra el mismo carácter que le otorgaría el Presidente Wilson en 1918. Había cierta coincidencia entre el nacionalismo histórico y el tradicionalismo: uno y otro culpaban a los gobiernos liberales del declive y del desgaste de «las energías del pueblo español» o, en su caso, del catalán. El 20 de enero de 1897 Carlos VII reunió en el palacio de Loredán, en Venecia, donde residía, a ocho personalidades de su partido a fin de redactar un «Acta política» que fue, según Artola, el primer programa carlista dotado de «doctrina precisa». Sus rasgos fundamentales —hemos de recordarlo para el futuro— eran el mantenimiento de la unidad católica, sin tolerancia para los otros cultos, el reconocimiento, en el Rey, de poder ejecutivo dentro de la Ley, y la propuesta de Cortes tradicionales, representativas de sectores sociales, estamentos y corporaciones, con Procuradores y no Diputados, es decir, sujetos al mandato de quienes los eligiesen y revocables por éstos.

Los regionalismos enlazaban así con los restos del carlismo y con las aspiraciones de amplios sectores clericales. Éste fue un rasgo común al catalán y al vascongado: el predominio que los eclesiásticos ejercieron. Por esta causa corrían el riesgo de verse desbordados no por uno sino por dos de sus flancos, hacia un aislamiento progresivo —«nosaltres sols»— o hacia un autonomismo cada vez más radical —pacto federal— que se mostraba más proclive hacia la izquierda. De todas formas la diferencia fundamental entre Cataluña y Vascongadas consistía en que la primera llegó a crear un verdadero renacimiento cultural catalán, mientras que las segundas proyectaban a sus intelectuales hacia España y la lengua española. Unamuno y Maeztu aparecen como verdaderos paradigmas.

3. El nacionalismo vasco carecía de raíces culturales suficientes para operar un renacimiento, ya que no existía literatura en vasco. Incluso los viejos Fueros se habían redactado en lengua castellana y no existe, por ejemplo, en el siglo XV, ni un solo documento euskérico entre los centenares de miles que han llegado a nuestros días. La venerable lengua vasca, que conserva pocas raíces primitivas y muchas procedentes del latín y de otros idiomas, era hablada en cuatro formas dialectales distintas, vizcaíno, guipuzcoano, suletiano y labourdino, con diferencias apreciables. Así pues el verdadero aglutinante de la conciencia regional durante el siglo XIX había sido el carlismo, especialmente arraigado en las zonas rurales y también en sectores sociales de clase media y baja, propietarios y clérigos. Los carlistas lucharon con singular denuedo, aunque sin fortuna, en defensa de los valores éticos y jurídicos del

Antiguo Régimen, esto es, catolicismo y Fueros contra el liberalismo que además era centralista: en las obras acerca del carlismo, escritas desde la mentalidad liberal, ese valor no se les reconoce y de este modo se ha contribuido a acuñar la imagen de obsolescencia: el insulto más común era de «cerril».

Sobre ambos valores se despertó la conciencia de que podía sobrevenir el peligro. Sobre ellos, y no sobre el idioma. No podía ser de otra manera: cuando en 1981 se decidió traducir el Fuero de Vizcaya del castellano al vascuence, se vio la necesidad de emplear no menos de 700 neologismos porque faltaban las palabras precisas. El mismo Sabino Arana Goiri, fundador y padre del nacionalismo, aprendió a hablar en vasco a una edad relativamente avanzada, aunque comprendió enseguida que el idioma podía ser un instrumento de primer orden para la defensa de sus ideales que podrían ser definidos como un carlismo sin rey, limitado a un determinado ámbito racial y firme en la defensa del catolicismo con todo lo que éste lleva consigo. Su viaje de bodas consistió en una peregrinación a Lourdes, que estaba recibiendo ya piadosos visitantes en gran número.

Nacido en Abando (Bilbao) en 1865, de una familia de armadores de buques muy enraizada en el carlismo, permaneció en Barcelona entre 1883 y 1887 estudiando Derecho y perfilando una idea que había comenzado a gestar ya un año antes. Descubrió especialmente que la lengua era nervio esencial del movimiento que preparaba y que para ello se necesitaba proceder a su reforma y unificación. Trabajó intensamente hasta redactar una *Gramática elemental* (1888) y una *Ortografía* (1896) que han sido la base fundamental del vascuence moderno. Mientras tanto elaboraba en 1892 el primer programa independentista: el poder central español, caído en el liberalismo, era una amenaza para las puras esencias morales del pueblo vasco y lo mejor era apartarse de él cuanto antes. Detenido dos veces, murió en Pedernales en 1903 contando sólo 38 años de edad. Cuando Franco nació ya existían el Euskaldun Batzokija, partido, y el Bizkai Buru Batzar, buró regional vascos.

Aunque el catolicismo había sido punto de arranque, muy pronto el nacionalismo vasco incidió, sin pretenderlo, en tendencias raciales, estableciendo una comparación entre los indígenas y los maquetos —venidos de fuera aunque domiciliados en Vasconia— peyorativa para estos últimos. Condición indispensable para ser considerado vasco era poseer cuando menos un apellido que fuese indudablemente vasco. Un signo externo, svástica redondeada, se identificaba con el pasado común. La meta fijada inicialmente por el Bizkai Buru era una federación de siete repúblicas vascas, cuatro segregadas de España, y tres de Francia, pero después de la muerte de Arana las demandas se moderaron, para buscar alianzas con algunos otros sectores políticos. Entre otras cosas el republicanismo radical se modificó.

4. El problema se complicaba, en el caso de Cataluña porque Barcelona y su entorno industrial estaban recibiendo inmigrantes de otras regiones de España, más pobres, los cuales constituían un cinturón de proletariado. El regionalismo se mostraba conservador, burgués, católico y de buenas costumbres, frente a estas masas que, entre otras cosas, alimentaban el Paralelo. Desde el Gobierno central, agitado además por la cuestión religiosa, que dio mala fama innecesaria al nuevo astro liberal, don José Canalejas, se tendía a considerar únicamente los aspectos políticos y administrativos, cuando la raíz última se encontraba en las estructuras sociales. Los

liberales, obligados por su propia doctrina, tampoco podían acudir a remedios cuya eficacia comprendían, pero que podían mermarles apoyo en sus votantes. Los conservadores, en tres etapas sucesivas, la de Silvela (1899-1903), la de Maura (1903-1909) —don Antonio, como se le llamaba en tácito reconocimiento a su valía— y la de Eduardo Dato, más tardíamente (murió asesinado en 1921), presentaron en efecto un programa, pero insuficiente, en sus planteamientos:²⁵

- Creían posible atraer a la Iglesia desde el campo carlista afirmando el carácter católico de la Monarquía, pero eliminando para siempre los excesos del clericalismo; se trata de una línea que se continúa, con notables efectos, hasta la República y explica los proyectos de Herrera Oria, Tedeschini y Vidal i Barraquer para lograr una convivencia.
- Pretendían dignificar la política curándola de las falsificaciones del caciquismo, porque estaban convencidos de que el país era, fundamentalmente monárquico y conservador.
- Abrigaban el convencimiento de que bastaba el «buen gobierno» para mantener la adhesión del pueblo a la Monarquía y su sistema.

En definitiva creyeron de buena fe que su honestidad en el ejercicio de la política, y éste es un dato importante que no debe ser olvidado, bastaba para lograr la regeneración siempre que supieran transmitirla también a los españoles. La mayoría de edad de Alfonso XIII (17 de mayo de 1902) comenzó bajo estos auspicios. Eran, sin embargo, años de fuerte tensión social: en 1902, precisamente, se produce el primer intento de huelga general. Según datos procedentes de fuentes ugetistas y anarquistas, la UGT contaba con 33.000 afiliados y la FRTE, ácrata, con 73.000. El sindicalismo se convertía en fuerza de masas con tendencia revolucionaria.

De todas formas Cataluña aparecía ampliamente dominada por un nacionalismo de derechas gracias a la constitución, en 1901, de la Lliga Regionalista, al fundirse los dos movimientos de la Unió Regionalista y del Centre Nacional Català. La Lliga, con representación parlamentaria desde este momento, contaba con uno de los políticos más brillantes y capaces, Francisco Cambó,²⁶ que pronto llegaría a presidirla. Es importante traer a colación ciertos detalles porque Cambó y la Lliga, sin comprometerse nunca del todo, apoyaron con dinero, gestiones políticas y propaganda, al Movimiento Nacional en 1936. También es importante señalar, como el profesor Pabón muy claramente analizara, que el regionalismo de la Lliga, fiel a las Bases Comunes de Manresa, no pretendía la desintegración de España sino un cambio en su estructura política, para lo cual la Monarquía era importante. Cambó escribía en el periódico de la Lliga, *La Veu de Catalunya*, de amplia difusión.

Los grandes enemigos de la Lliga no eran desde luego las otras fuerzas nacionalistas, inclinadas a la izquierda sino los radicales de Alejandro Lerroux, con fuertes raíces en las masas obreras y capacidad para provocar conflictos laborales y de orden público. Eran los años de los «jóvenes bárbaros» en que los seguidores del «emperador del Paralelo» causaban temor entre los empresarios como, en general, en la derecha conservadora.²⁷ Algunos sectores políticos madrileños, en especial entre los que rodeaban a Maura, trataron de hacer frente a la situación mediante un entendimiento negociado y satisfactorio para los catalanes, interesados especialmente en

conseguir la gestión de los asuntos que a ellos afectaban. En 1904 don Antonio tomó la decisión de llevar a Alfonso XIII a Barcelona para que permaneciese en la ciudad por algún tiempo: el Monarca logró, como era de esperar, un éxito personal importante, facilitando la política de Cambó de acercamiento a la Monarquía.²⁸

5. No era nada fácil. Después de 1898 el Ejército tenía los nervios a flor de piel y cualquier incidente le sobresaltaba. No soportaba las alusiones a su derrota. En noviembre de 1905 la Lliga obtuvo un abultado éxito en las elecciones municipales. Los periódicos afines a aquélla, en especial *La Veu de Catalunya*, se desataron en entusiasmos a veces de pésimo gusto, sin perdonar las Instituciones básicas, como eran la Monarquía y el Ejército. Se celebró un «banquete de la Victoria» multitudinario, y el semanario humorístico *Gu-cut* publicó una caricatura en que un oficial de caballería preguntaba a un transeúnte qué se celebraba y al responderse que el «banquete de la Victoria», concluía: «¿De la Victoria?; entonces serán paisanos». Un sentimiento de cólera recorrió los cuartos de banderas. Los oficiales, incluyendo a los nacidos en Cataluña, se sintieron injuriados y decidieron ejecutar por su cuenta un castigo ejemplar: asaltaron la redacción del periódico causando destrozos.

Las autoridades catalanas reclamaron sanciones contra los causantes. El Ejército cerró filas y reclamó, por su parte, castigo de los editores de los periódicos. Los militares se sentían víctimas de incomprensión e injurias y reclamaban que los delitos contra la Institución y contra la Patria pasaran a la jurisdicción castrense. Se ejercieron presiones sobre el Gobierno y éste, presidido por Montero Ríos, dimitió. Su sucesor, Segismundo Moret, no se atrevió a enfrentarse con los militares. En su declive los partidos políticos de la Restauración comenzaban a admitir que no era factible gobernar sin apoyo o, al menos, consentimiento del Ejército.

«Por supuesto, los diputados de la Lliga se habían apresurado a solicitar en el Parlamento que no se cayese en una confusión entre “el separatismo que es la muerte, y el regionalismo que es fuente de vida para España”. ¿Cabía, sin embargo, una clara distinción? En Cataluña se había producido una vez entre tantas la desaparición de las fronteras entre los matices catalanistas a favor de una actitud estridente; luego la réplica indignada de la opinión españolista —encabezada por el Ejército; llegaba el turno a la también acostumbrada contrarréplica: la del catalanismo “víctima” presentándose oprimido frente a las arbitrariedades y pretorianismos del Poder central».²⁹

6. Todo lo expuesto hasta aquí, aunque resulte prolijo y, para algunos lectores, también innecesario, sirve para establecer, al menos en forma esquemática, el clima de ideas y hechos políticos en los que Franco se vería inmerso. También permite entender e incluso juzgar las decisiones por él adoptadas. No debemos olvidar, tampoco, que el Generalísimo creyó que lo sucedido en 1898 había venido a torcer el curso de su vida. En mayo de 1928, cuando ya era el general más joven de Europa, el semanario madrileño *La Estampa* publicó una entrevista: en ella afirmaba que su verdadera vocación era la de marino o arquitecto, pero que las circunstancias le habían impedido cumplir su deseo, ingresando en la Academia Militar de Toledo en contra de la voluntad de su padre. Pasando al Ejército interrumpía una larga tradición familiar.

Francisco, y su hermano Nicolás, estaban ya preparando su ingreso cuando un real decreto (28 de marzo de 1901) suspendió los exámenes para la Escuela Naval. También se cerraron las otras dos Escuelas, de Administración Naval y de Aplicación. A finales de 1902 se autorizaron exámenes de ingreso: la fragata Princesa de Asturias, anclada en El Ferrol, sería el albergue de la Escuela Naval. Esta medida benefició a Nicolás, que pudo ingresar. Pero no a Francisco porque el Gobierno Moret, por razones de economía, volvió a clausurar la Escuela. Permanecería cerrada hasta 1912. «Paquito», como así le llamaban sus compañeros, decidió cambiar de rumbo aprovechando los estudios preparatorios que ya realizara.

¿Años felices o desdichados estos de la infancia y casi adolescencia del futuro Generalísimo? No lo sabemos. Nadie ha llegado a dar testimonio, de modo que sólo por vías indirectas podemos conjeturar lo suficiente para trazar aquí unas cuantas pinceladas. Las sombras de un matrimonio que se desmoronaba tuvieron que alcanzarle. Siempre mostró Franco más afecto hacia su madre que hacia su padre. Desde 1907 este último abandonará el domicilio conyugal para instalarse en Madrid, primero solo y más tarde en convivencia con otra mujer. Aunque Francisco Franco defendió como hemos dicho la memoria de su padre, al que hizo algunas visitas en Madrid, no cabe duda que, para un hombre riguroso en su conducta, como parece demostrado, esta situación tuvo que producirle gran tristeza.

Felicidad en el recuerdo que se asociaba especialmente a los veranos que pasaba con su tío en la playa de la Graña, donde había un bote que le permitía ejercitarse en el remo. Felicidad bulliciosa también algunas veces, en casa del abuelo materno, don Ladislao Bahamonde, reunido el puñado de primos, procedentes de varias ramas familiares, especialmente los de La Puente Bahamonde. Atención a este apellido. Volveremos a encontrarlo en circunstancias políticas diferentes. Comparado con el inteligente Nicolás y con el díscolo Ramón, sus hermanos, Francisco no permitía anunciar los altos destinos que le aguardaban. Él mismo, con desarrollo físico precario, escasa estatura y voz excesivamente aguda, no tenía motivos para afirmar su superioridad. La timidez comedida, la voluntariedad casi terca, fueron los dos rasgos fundamentales de su carácter que se forjaron en estos años. La Armada iba a ser sustituida por el Ejército: no parece que la familia haya pensado nunca en encaminar a sus hijos hacia una carrera civil. Volviendo a los personajes de *Raza*, donde tantos detalles psicológicos se nos revelan, es digno de nota que el único de los Andrade que estudia Derecho y se dedica a la política es precisamente el garbanzo negro de la familia; está con los «rojos» y sólo se redime al final de la película.

Algunos de los amigos de la infancia permanecerán después vinculados al prodigioso destino de los Franco: Juan Antonio Suanzes ingresó en la Escuela Naval al mismo tiempo que Nicolás. Camilo Alonso Vega acompañó a Francisco en el viaje a Toledo para ingresar en la Academia. Luego estaba también el primo casi homónimo, Francisco Franco-Salgado Araújo. Es otro de los aspectos que no pueden ser olvidados.

NOTAS.

Notas al capítulo 1.

¹ Las cuartillas manuscritas, sin fecha, se encuentran entre otros papeles de 1962. Han sido reproducidas en la edición de Urbión, *Franco. Historia y documentos*. Hills celebró varias entrevistas con Franco cuando preparaba la edición española de su obra *Franco, the man and his Nation*.

² La partida de nacimiento se encuentra en el Registro Civil núm. 1, vol. 61, sec. V, fol. 50v. En los ecos de sociedad de *El Correo Gallego* (8 de setiembre de 1892) figura la noticia con error de fecha: el 7 de diciembre fue el día de su inscripción en el Registro.

³ En una conversación con Ricardo de La Cierva, Franco puntualizó que los apellidos de su madre eran Bahamonde y Pardo de Lama —luego el Lama se suprimió pasando a enlazar con el tercero de Andrade— pero se trataba de dos diferentes. Además que Pardo era el que se daba a los siervos en la Casa del Señor. R. de La Cierva, *Franco*, Barcelona, 1986, p. 19, nota 1.

⁴ G. Hills, *Franco, el hombre y su nación*, Madrid, 1975, p. 8, afirma que el propio Generalísimo admitía como posible esta ascendencia sefardí. No tengo comprobación de este dato. Ningún español puede, *a priori*, descartar la posibilidad de poseer en sus venas algo de sangre judía. Goering, en un arrebató de cólera, llegó a decir de Franco que era «judío», pero esta palabra parece haber sido utilizada como insulto. Ninguna relación cabe establecer entre el apellido y la política en favor de los judíos, que obedeció a otras causas.

⁵ La genealogía de la condesa de Pardo Bazán fue establecida por Dalmiro de la Válgoma, autoridad indiscutible en la materia. En 1961 Esteban Carballo González de Cora, al establecer la de Franco, propuso ciertas constataciones poco importantes. De hecho resulta comprobado que el octavo abuelo materno de la condesa era el séptimo del Generalísimo, también por línea materna. Franco hizo anotaciones sobre el trabajo de Carballo. Del parentesco con la condesa nació el proyecto coruñés de regalar al Caudillo el pazo de Meirás, antigua propiedad de su ilustre pariente.

⁶ La línea de descendencia masculina es como sigue:

Juan Franco Viñas, hijo de Manuel, casó con Josefa Sánchez de Andrade y perteneció al Cuerpo de Administración de la Armada. Hijo de ambos fue Nicolás, ya mencionado, el que probó hidalguía en 1794 y alcanzó el grado de comisario de guerra. El décimo de los hijos de Nicolás, Francisco Franco Vietti, abuelo del Generalísimo, hizo una carrera muy brillante y participó en lejanas expediciones, como la revuelta de Cuba y la campaña de Vietnam junto a los franceses; obtuvo importantes condecoraciones y cuando murió prematuramente en 1887, ostentaba el rango de intendente ordenador de la Marina que equivalía al de general de Brigada en el Ejército de Tierra; su posición económica resultó suficientemente holgada como para comprar la casa de la calle María, donde el Generalísimo nació. De su

matrimonio con Hermenegilda Salgado Araújo nacieron dos hijos, Nicolás, padre del Caudillo (22 de noviembre de 1855) y Hermenegilda, que moriría soltera en 1940. Nicolás casó con Pilar Bahamonde y Pardo de Lama-Andrade el 24 de mayo de 1890.

⁷ *Detalles sobre la genealogía y familia de Franco* en R. de La Cierva, pp. 23-26; este autor utiliza notas de conversaciones que sobre éste y otros puntos mantuvo con el Generalísimo y el libro de Luis Alfonso Vidal y de Barnola, *Genealogía de la familia de Franco*, Madrid, 1975, que el propio Franco consideraba correcta.

⁸ F. Franco-Salgado Araújo, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, 1977, p. 14.

⁹ En otro lugar de esta obra nos proponemos recoger algunos otros testimonios. Aquí presentamos el de Luis Bolín, *España. Los años vitales*, Madrid, 1967, p. 63, que compartió con Franco momentos especialmente tensos en el vuelo desde Canarias a Tetuán en julio de 1936, guardó el recuerdo de «su facilidad de palabra, la sencillez de su trato y la forma amena con que salpica su conversación de recuerdos y anécdotas».

¹⁰ El guión reeditado por la Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1981, es importante para conocer la mentalidad de su autor.

¹¹ R. de La Cierva, *Franco*, p. 21, dice: «Franco sería extraordinariamente sensible a las necesidades de las clases medias y al ideal soterrado, pero vivísimo, de la hidalguía».

¹² No es propósito de este libro hacer exposición o análisis de la economía española; tampoco está su autor en condiciones de hacerlo. Se intenta reflejar el ambiente en que padres y maestros de Franco se movían. Se utiliza especialmente J. Vicens Vives, *Historia económica de España*, Barcelona, 1957, p. 657 y ss., y J. A. Lacomba, *Introducción a la Historia económica de la España contemporánea*, Madrid, 1969, p. 230 y ss. Las diferencias de enfoque sirven para perfilar mejor el cuadro conjunto.

¹³ Los historiadores de tendencia socialista o marxista dan mucha importancia a ese «triángulo de oligarquía económica dominante» al que consideran subsistente hasta 1931. J. A. Lacomba, *op. cit.*, p. 231, escribe: «Esta oligarquía que a lo largo del siglo XIX se vincula al capital extranjero, tuvo a veces el apoyo, a veces la enemistad de una burguesía endeble y titubeante que, como ya señalamos, no fue capaz como la europea, de hacer su revolución». Según este autor, el declive comenzó con la crisis de 1917 y el final llegó con la Dictadura.

¹⁴ R. de La Cierva, *Franco*, p. 27.

¹⁵ Javier Tusell Gómez, *La España del siglo XX. De Alfonso XIII a la muerte de Carrero Blanco*, Barcelona, 1975, pp. 20-21, resumiendo su tesis doctoral y otros trabajos posteriores, explica las diferencias que existen entre el cacique español y el boss americano. El cacique no era funcionario de un partido ni se sentía obligado a obedecer siempre al mismo. Se limitaba a ejercer dominio en su localidad proporcionando un enlace contractual entre los políticos que necesitaban votos y podían ofrecer ventajas e influencia. Los electores confiaban en él y obedecían sus instrucciones, pero estaba a su vez obligado a demostrar su eficacia consiguiendo para sus patrocinados una fuente pública, una línea de ferrocarril o un puesto de sereno, barrendero o ama de cría. Para el cacique lo único ruinoso era estar en la oposición. Necesitaba aparecer al lado de los que iban a gobernar, para conservar su influencia.

¹⁶ Recomendable, para una mejor comprensión de este epígrafe, el artículo de Luis de Llera Esteban, *Las filosofías de salvación*, en *Historia General de España y América*, de Rialp, tomo XVI-1, Madrid, 1982, pp. 3-59.

¹⁷ La bibliografía acerca de los orígenes del socialismo español es, como puede suponerse, muy extensa. Abundan, de manera especial las tomas de postura, a favor o en contra de este Partido y su ideología. Miguel Artola, *Partidos y programas políticos*, Madrid, 1974; José Andrés-Gallego, *La política religiosa en España, 1889-1913*, Madrid, 1975 y R. de La Cierva, *Historia del socialismo en España (1897-1983)*, Madrid, 1985, recogen y analizan los estudios y ensayos más importantes. La postura que podemos considerar oficial, que es necesario tener siempre en cuenta —qué es lo que el Partido quiere que se piense de él— aparece en Víctor Manuel Arbeloa, *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español, 1873-1880*, Algorta, 1972. Las *Obras Completas* de Pablo Iglesias han sido editadas, pero fuera de éstas son todavía pocos los documentos fehacientes que se hayan publicado de los que existen en los archivos del Partido Socialista o de algunos de sus hombres eminentes. Sin duda se les considera aún vivos y por ello susceptibles de diversas interpretaciones.

¹⁸ Una información más precisa en M. Fernández Almagro, *En torno al 98. Política y Literatura*, Madrid, 1948 y en la aguda conferencia de J. Pabón, «El 98, acontecimiento internacional», en *Días de ayer*, Barcelona, 1963. Puesta al día de los sucesos en José Andrés-Gallego, *La Restauración en Historia General de España y América*, Rialp, XVI-2, Madrid, 1981, pp. 275-464. Evitaremos multiplicar citas a esta obra que utilizamos profusamente.

¹⁹ Muy sugerentes las ideas que acerca del regeneracionismo formula J. M.^a García Escudero, *Historia política de las dos Españas*, I, Madrid, 1980, p. 268 y ss.

²⁰ Para ampliar las notas que aquí recogemos y que no son elucubraciones del autor es importante acudir al libro *España ante el Mundo*, Madrid, 1950, publicado bajo el seudónimo de Juan de la Cosa, utilizado por el almirante Carrero Blanco y, también, según se sospecha, por el mismo Franco.

²¹ Los historiadores se preguntan por el momento en que hace crisis el sistema político creado por la Restauración. No hay acuerdo entre sus opiniones. Conviene que hagamos somera referencia a las tres más importantes. Para J. Vicens Vives, 1898 es la fecha precisa: este año se inició la desvinculación de Cataluña respecto al resto de España. Carlos Seco y Javier Tusell, atendiendo a los cambios políticos, señalan 1912, es decir, el término del ensayo de Canalejas. Para Pierre Vilar y, en general, los que siguen la metodología marxista, la Restauración quiebra en 1917, al producirse el primer ensayo revolucionario. Me parece que estas opiniones no se excluyen: indican las etapas capitales de un proceso que fue muy lento.

²² Dos veces se utiliza el término «glorioso movimiento». Ed. fotográfica en E. Barco Teruel, *El golpe socialista (octubre 1934)*, Madrid, 1984, p. 329.

²³ Opinión en la que coinciden José Andrés-Gallego, *op. cit.*, Joaquín Romero Maura, *El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, 1975, y José Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, 1977. Para todos éstos, Costa no fue un aspirante a dictaduras, pero pensaba que el sistema de la Restauración no podía progresar hacia una verdadera democracia. Hacía falta que alguien cortase las cuerdas. No se trataba de operar mediante terapia, sino mediante cirugía, para expresarlo con las comparaciones médicas que a él complacían.

²⁴ Sin embargo, el trabajo de Gaudí no se limitó a Cataluña: el palacio episcopal de Astorga así lo demuestra. La ciudad que mejor conserva hoy la huella de la arquitectura modernista es, sin embargo, Melilla, en donde un discípulo de Gaudí, Enrique Nieto, autor de más de 1.500 obras, a partir de 1909 tuvo la oportunidad de modificar la estructura global de su trazado.

²⁵ Para el conocimiento de la evolución del liberalismo y conservadurismo en España, es de lectura imprescindible Miguel Artola, *Partidos y programas políticos de España (1868-1931)*, 2 vols., Madrid, 1969. El desarrollo de la Lliga y las matizaciones que en el regionalismo catalán se introdujeron, es objeto del trabajo de Jesús Pabón, *Cambó*, 2 vols., Barcelona, 1952, que es una de las obras fundamentales para el conocimiento de esta época.

²⁶ Cambó nació en Verges (Gerona) en 1876, hijo de una familia de agricultores bastante rica. Licenciado en Letras y en Derecho, se introdujo en la política a través del Centre Escolar Catalanista, del que fue presidente. Así participó en todas las gestiones de creación de la Lliga. Abogado muy notable, gozando de posición económica muy holgada y colaborador de Prat de la Riba, sirvió a la política por pura convicción, sin profesionalismos. Concejel en 1901. En mayo de 1907 sufrió un atentado que la opinión pública atribuía a los lerrouxistas. Hasta el advenimiento de la República, residiendo a la vez en Barcelona y Madrid, coordinó la política catalana. Su fracaso ha sido considerado por los principales investigadores como uno de los mayores perjuicios para la estabilidad de la Monarquía española.

²⁷ Lerroux fue siempre personaje de gran ambigüedad. Carlos Seco Serrano, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Madrid, 1979, p. 79, nota, ha identificado en el Archivo Dato documentos que prueban que estaba recibiendo subsidios de los fondos reservados del Gobierno. Franco rechazaría la adhesión de Lerroux, que éste le ofreció tras el Alzamiento.

²⁸ Sobre el viaje y, después, el incidente de noviembre de 1905, ver J. Pabón, *Cambó*, I, pp. 255-256.

²⁹ C. Seco Serrano, *Alfonso XIII*, p. 81.